

CICLO/PEDAGOGIA Y SOCIEDAD

LAVADORAS Gaben. Arreglamos toda clase lavadoras. Teléfono 25-23-25. (6510)

TAPICERO a domicilio o en taller. Presupuestos en el día. Teléfono 21-48-06. (4019)

FONTANERIA Santo Domingo. Teléfono 22-55-68. (3921)

DECORACION en escayola. Teléfono 22-23-83 y 23-33-57. (6966)

SE HACEN toda clase de albañilería y presupuestos Tel. 25-92-98. (1477)

CARPINTERIA a domicilio. Teléfonos 22-29-96 y 21-55-61. (2380)

TRADUCCIONES Técnicas. Easo. Catálogos. Tel. 41-33-30. San Sebastián. (8698)

SOLDADURA eléctrica y autógena. Calefacción y agua caliente. Reparación y montaje de instalaciones a domicilio. Reformas en general. Servicio rápido. Teléfono 22-46-59. (2507)

SE HACE toda clase de albañilería en Pamplona y fuera de especialidad en baños y cocinas. Tfno. 21-17-33. (4302)

PINTOR empapelador. Teléfono 22-39-14. (3707)

TELEVISION, reparación. todas marcas Pamplona y pueblos. Teléfonos: 24-25-98. (1531)

PINTOR, empapelador, rápido. Teléfono 22-74-72. (648)

ELECTRICIDAD, fontanería, servicios rápidos y económicos. Tels 25-82-84 y 24-11-13. (6638)

OFRECESE joven buena presencia con dotes de marido, cualquier trabajo carnet 1.º especial, coche y pasaporte. Teléfono 23-57-68. Oficina de Colocación Referencia 55.345. (6474)

SE TAPIZAN toda clase de traspies, sofás, camas y puertas de encargo, o restauración con rapidez y garantía.

SE ARREGLAN electrodomésticos. Tfno. 25-15-82. (5495)

ANTENAS y electricidad, Teléfono 25-63-92. (5535)

DEMANDAS

DISPONE Vd. de tiempo...

CICLO/PEDAGOGIA Y SOCIEDAD

SE NECESITA
Jefe de Contabilidad y Adjunto a Dirección.
Razón Tel. 23-71-34. SEAF NA-1-757. (5321)

ADMINISTRATIVO con dominio de contabilidad e idioma inglés, a nivel de traducción. Sarasate, 7-1.º Seaf NA-1-726. (5377)

SE NECESITA señora cocinera con experiencia. Navarrería 10. Tel. 22-21-88. SEAF NA-1-744. (5389)

SE NECESITA chico joven para bodega. Navarrería 10. Tel. 22-21-88; SEAF NA-1-744. (5390)

SE NECESITAN, personas ambos sexos con tiempo libre. Razón. teléfono 23-24-28. Oficina de Colocación. Referencia n.º 55.729. (5426)

ENSEÑANZAS

MECANOGRAFIA, oficinas y Comercio. Taquigrafía. Copias a máquinas y multcopistas. Academia GOMEZ. Pl. Castillo, 28. (1928)

ACADEMIA secretariado auxiliar. Intérprete y auxiliar empresa. Paulino Caballero 42-3.º derecha Tfno. 23-08-85. (6108)

ENSEÑANZA General Básica. Serafín Olave, 4 (Abejeras). Tel. 23-85-83. (4775)

SE HACEN arreglos, ternaciones, costura. Teléfono 24-02-74. (36)

ACADEMIA corte y confección sistema Feli, Plaza cazar, 4. (53)

ACADEMIA Corte y confección horario de 10 a 12 de 4 a 10. Se corta y prueba. Hilarión Eslava 20-6.º D E. lada. Tel 24-79-57. (6)

CORTE y confección, sistema Martí, corte pantalón sastre. Tfno. 25-13-26. (7)

SE CORTA y prueba, se dan clases corte de pantalón. zeblanco, 5-4.º. (52)

ACADEMIA de corte, sistema Martí, se corta y prueba. Bergamín, 10-5.º Izda. (36)

ACADEMIA Corte y confección. Corte y prueba. 6-3.º Izda. (198)

HAGASE profesora diplomada en Bordados. Academia Carlos III. (154)

ACADEMIA de bordados máquina «Venus» da clases nocturnas. Podrá hacerse profesora diplomada. Bordados dibujos, labores. Mayor, 1.º Tel. 22-16-14. (26)

ACUDAN a las clases de bordados a máquina, confección señora, pantalón caballero y señora, se corta y prueba, se hacen labores reales letras. Sistema propio en Academia Hnas. Atondo Ca. Calceteros 4-4.º Junto al Ayuntamiento. (37)

PERDIDAS

DESAPARECIDO perro de raza blanco, lleva collar con iniciales P. Sanz. Barrio Ignacio n.º 46 Legazpia. mar Telf. 240455. (43)

SOCIEDAD PEDAGOGICA

de E.G.B. Teléfono 21-26-38. (3245)

ACADEMIA de bordados a máquina «Venus» da clases nocturnas. Podrá hacerse profesora diplomada Bordados dibujos labores Mayor, 52.1.º Tfno. 221614. (2680)

ACUDAN a las clases de bordado a máquina corte, confección señora, pantalón caballero y señora, se corta y prueba, se hacen labores reales letras. Sistema propio en Academia Hnas. Atondo. C. Calceteros 4-4.º Junto al Ayuntamiento. (3796)

DOY clases E.G.B. y B.U.P. Teléfono 24-51-28. (5149)

CICLO: «PEDAGOGIA Y SOCIEDAD»

«DIALECTICA DE LA PERSONALIDAD»

José Luis de la Mata

0

0.0. El problema de la personalidad se ha jugado en términos mecánicamente simples o, en todo caso, mecánicamente complementarios, como si se tratara de un tema determinable por las funciones de una causalidad lineal o de un reduccionismo excluyente. En ese sentido, todo el problema parecía consistir en la determinación de los complementarios simples

- Naturaleza/Sociedad
- Cultura/Personalidad
- Biología/Historia
- etc., etc.

En otros casos, el reduccionismo operaría con la variables mecánicas «biologismo», «economicismo», «psicologismo», «sociologismo». Cuando hemos llamado a este ciclo «Pedagogía y Sociedad», cuando, además, hemos precisado tal título con el más concreto de «Psicogénesis y sociogénesis de la personalidad» estábamos, conscientemente, intentando situarnos fuera del marco de un planteamiento ocultador. Pero no porque, de manera simple, quisiéramos oponer una concepción a otra, no porque pretendiéramos, sin más rebatir teorías y problemas que, respecto a la personalidad, se situaban en un determinado plano de la investigación científica. Por el contrario, estábamos pretendiendo situarnos en el eje mismo que vertebra esas prácticas teóricas, es decir, en el plano del combate ideológico, en el proceso a que nos emplaza las exigencias de la renovación científicista de las necesidades ideológicas que mantiene la actual dominación de clase. Que mantiene a todos los niveles de la producción teórica, pero que, en el plano de la personalidad, se manifiesta **precisamente** con ese biologismo, con ese psicologismo, con ese economicismo. Por tanto, la primera precisión a introducir ya es la que consiste en negar que la «y» de «psicogénesis y sociogénesis» tenga **valor conectivo**: por el contrario, nuestra «y» posee un valor dialéctico que se manifiesta en **la necesaria interdependencia y codeterminación de dos dinámicas que se resuelven en un único proceso**. A este proceso es a lo que, en tanto que **producto/productor, estructurado/estructurante**, llamamos «personalidad».

0.1. Pero el problema no se agota en la enunciación de las reacciones y de las

conexiones mecánicas (biologismo, economicismo, psicologismo...): el problema o se encara en términos de procesos de «regresión» y, consecuentemente, en la economía de los efectos de esta regresión respecto a la dominación de clase y las necesidades de su ocultamiento (ideológico, sí, pero productivo) o no resuelve nada. Por otra parte, está el mismo elemento de confusión a que puede dar lugar esa crítica: combatir el biologismo o el psicologismo o el economicismo no supone negar lo corporal, lo psicológico, lo social. Supone, por el contrario, situarlos en la dialéctica que les corresponde, esto es, situarlos en el proceso único que los integra y los manifiesta, que los produce y los cualifica. Regresión no significa, para nosotros, tanto un falso problema como un efecto, efecto que no elimina ni su causalidad ni la existencia de los planos de expresión de esa regresión. Ocultamiento es el efecto de la regresión de lo político a lo psicológico; pero lo psicológico posee su propia entidad que, no por dependiente, es menos «eficaz» y efectivo. De otra manera, sería imposible tal regresión.

0.2. De modo que no es posible combatir el antropologismo del siglo XIX con el «antihumanismo teórico» del siglo XX: fundamentalmente, porque ambos se sitúan en un mismo plano operativo, aunque las exigencias sociales a que obedecen sean diferentes. Un antropologismo situado en la dinámica de un socialismo utópico tiene muchas más cosas que ver que las que, a primera vista, aparecen con un antihumanismo teórico situado en las necesidades del revisionismo europeo, aunque por supuesto el tipo de eficacia que a ambos se les pide (desde sus distintas coyunturas históricas) varía, como varía el sistema de dominación al que se vinculan. Si el antropologismo se diferencia, lo hace en positivo, por respecto al antihumanismo teórico, en la medida en que aquél pertenece a la «protohistoria» de la ciencia de la Historia, en tanto que éste pertenece a la historia de las revoluciones traicionadas, aplazadas, condenadas. Pero ya se trate del antropologismo utópico ya del antihumanismo colaboracionista, la esfera de sus efectos es siempre la misma: evitación de la incidencia crítica (= económica, política y social) de la comprensión (= concienciación de las clases dominadas) de la ocultación ideológica de la dominación de clase. Y lo mismo sucede con el biologismo y el economicismo: se instalan en el marco histórico de distintas coyunturas, pero responden a una misma necesidad de clase: evitar la dimensión transformadora de la crítica de la economía política o, lo que es lo mismo y para el tema que estamos tratando, evitar la crítica política de la teoría de la personalidad, de lo psicológico y su dependencia social.

0.3. No se trata, pues, de una simple oposición: Sociedad y/o Cultura, Historia y/o Biología, Economía y/o Personalidad. Por el contrario, se trata de su permanente, desigual y contradictoria articulación. Porque el problema que debemos resolver es el de dar cuenta de la personalidad, dar cuenta de **la emergencia de la subjetividad individual** y hacerlo en el sistema de dependencias, codeterminaciones, implicaciones, necesidades y condiciones en

que tal emergencia se produce. Pero se trata, fundamentalmente, de **un proceso que se da en la Historia** y esto alude, mejor, y esto entraña el proceso general y concreto de la lucha de clases, lo que nos lleva al conjunto de determinaciones y dependencias dialécticas en las que se sitúa tal proceso de construcción personal:

- Historia y lucha de clases
- Modo dominante de producción y clases sociales
- Producción y reproducción de las relaciones sociales de producción, en su propio carácter de clase
- Denominación y producción
- Ideología/dominación/producción
- Cultura y dominación
- Opresión y sufrimiento..., etc., etc.

Por tanto, se trata (y no puede ser de otra manera) de una crítica que se vincula a una crítica de ámbito superior y, por ello mismo, abarcadora de la inferior. Ya no es la simple dicotomía **Sociedad y/o personalidad, lucha de clases y/o sufrimiento, reproducción de las condiciones materiales de la producción y/o ideología y dominación, Biología y/o Sociedad, Escuela y/o mercado de la fuerza de trabajo**. Se trata de la Historia y de sus procesos y, en su seno, de dar cuenta de cómo la sociedad se articula en las relaciones de las clases sociales que la constituyen, de la producción individual del sujeto, de la transformación de lo biológico y de establecer, desde ahí, lo que distingue a la formación personal de lo simplemente regresivo (de lo político en psicológico, de lo psicológico en corporal).

0.4. Frente a dos problemas nos sitúa, pues, la crítica de la economía psicológica: regresión de lo social que no es sino la manifestación política del ocultamiento causal del sufrimiento (= categoría individual -la del sufrimiento- que traduce las categorías económico-políticas de la explotación y la opresión) e ideología que se encubre en el tratamiento naturalista de la personalidad. Pero que, igualmente, aparece en los temas de cultura y escuela. En un caso, se trata de la transformación «individual» de lo social, de la historicidad específica que adopta el sujeto personal en una sociedad histórica. En otro, se trata de establecer la escuela por referencia a la dinámica que le compete en una formación social concreta y que se manifiesta tanto en su falsa «unidad» como en el «unitarismo» selectivo que establece respecto a las necesidades del modo de producción dominante, a la reproducción de las relaciones sociales de producción, no sólo como transmisora de ideología, sino lo que es más importante, como **calificadora** de un material altamente moldeable, **el niño**. La regresión de la que hablaba Mendel se sitúa en el intento de traspasar lo económico, lo político (= el poder) al plano de lo psicológico, en tanto que la regresión ya definitiva se

establecería como regresión de lo psicológico a lo somático: formas diversas de manifestación de una única realidad, la de la opresión.

0.5. ¿Qué somos? La primera tentación se manifiesta actualmente, como obra de la ideología dominante, en el intento de una primera reducción: la biológica. Inmediatamente, sin embargo, se produce ya un intento rectificador, a causa de la poca operatividad de esa primera reducción. Se pasa así a una posición más matizada, pero no por ello menos radical, menos eficaz para asegurar las necesidades de la dominación: somos el producto (se nos dirá) de una confluencia, de un doble proceso que se formula simplemente como

-cerebralización/socialización

-hominización/humanización.

Nada, sin embargo, se resuelve con este compromiso, el problema central sigue siendo el de **la Historia**, el de **la constitución histórica de la subjetividad**, la determinación y el nacimiento del sujeto individual histórico. Ni la biología ni el economicismo dan cuenta del problema que plantea la genética estructural de la personalidad. Hay que recordar en este punto que era el mismo Althusser el que señalaba que era éste el único problema al que se enfrentaba la psicología: **nacimiento histórico e individual de la subjetividad.**

0.6. Es claro que poseemos una filiación biológica e, incluso, su correspondiente taxonomía: somos animales de la clase de los mamíferos, del orden de los primates, de la familia de los homínidos, del género Homo, de la especie Sapiens. Pero hasta ahí llega la simple clasificación biológica. No somos ya por más tiempo una especie biológica: **no somos ya primates.** Hemos descendido del árbol, nos hemos alejado de la «Naturaleza», somos sujetos de un mundo de bienes y valores, de un espacio normativo y regulado que hace saltar el cerrojo genético. Somos seres «desnaturalizados», en el sentido más hondo de la expresión. Y desnaturalizados hasta el punto de que nuestra especificación superior (Homo Sapiens) deja de ser el producto regulado de las leyes de la biología: **genéticamente**, la humanidad no se trasmite; se alcanza, se conquista, se pierde o nos es negada, pero siempre de la forma más alejada a lo que podría pensar la ingenuidad biológica. Desde Darwin sabemos que **fui**mos hijos de primates. Pero no lo somos más, porque, si la «humanidad» es la «naturalidad» del sujeto, entonces sólo queda la afirmación radical de que somos la única especie antinatural. Porque la humanidad no es nada que se dé por el simple hecho de nacer.

0.7. En ese sentido, el problema se concreta: el «soporte» de lo humano es un magma fluido, insolidificable al que la «historia» (= la sociedad y sus instituciones, las clases y sus prácticas, los lenguajes y su productividad) da estructura y forma. Es decir, lo que a primera vista puede aparecer como la «naturaleza» del hombre se convierte, a poco que profundicemos en el análisis,

se convierte, repito, en lo contrario de la naturaleza, en una «antinaturaleza». Y sin embargo, ¿carece la estructura humana de una dimensión biológica? ¿no es una especie viva? ¿no es el producto de la evolución? Hay que insistir en este punto: la historicidad esencial en que consiste la subjetividad **no se confunde con un producto simple de la evolución**. Porque, de otra manera, no sólo dejaría de tener sentido la historia y los procesos de sus contradicciones: dejaría de tener sentido esa historicidad que se pretende afirmar, sino también dejaría de existir la regresión y ésta concebida, precisamente, como el efecto de ocultamiento que niega la historia, aunque afirme la psicología y la sociedad. El «ser genérico» del hombre (Marx) deja de tener algún sentido y lo mismo puede decirse de la paradoja que se oculta en aquella afirmación de que «la naturaleza es el objeto inmediato de la ciencia que trata del hombre, porque el primer fundamento del hombre es naturaleza» (Marx). Con lo que la dialéctica de la naturaleza se invierte hasta su absurda mistificación. Y lo mismo puede decirse del lenguaje, del pensamiento, del cuerpo y del inconsciente. Se trata, pues, de renunciar al naturalismo de la Antropología; pero, de la misma forma, se trata de renunciar a todo «culturalismo» o «socialitarismo» organicista que olvida (y lo olvida con profunda razón: digo, con profunda razón para la ideología que vehicula) la dialéctica en la que necesariamente ha de cobrar sentido. Porque no es una cuestión de contraponer hombre a animal, sociedad a naturaleza: es una cuestión de precisar históricamente un orden, un sistema de acción, un medio. No puedo estar de acuerdo con Morin con el cambio que pretende introducir, en el problema de la antropogénesis, al caracterizar las continuidades que se establecen entre biología y humanidad, entre historicidad y etología. Y ello en base, precisamente, a la continuidad misma con que se presenta. Porque lo que es necesario explicar es el salto, la discontinuidad en que establecen su relación lo biológico, lo social y su efecto lo psicológico. ¿Relación entre elementos separables o preexistentes unos a otros? En absoluto. Pero esto es lo que hay que probar.

0.8. Proclamar nuestro antibiologismo no nos puede hacer caer en un humanismo de signo complementario, aunque se presente como la presunta antítesis del biologismo: hablar de una antinaturaleza es, como decía Requeplo, plantear el problema político de la «naturaleza», plantear, además (y se quiera o no), el carácter epistemológico de la ciencia y su vinculación a teorías ideológicas de dominación. En primer lugar, porque la ciencia es la negación de la naturaleza (en tanto que «exterior» a la propia ciencia), lo que no afecta a su estatuto real, sino a su dimensión «ontológica» u «objetiva»; en segundo lugar, porque, en lo que toca a la «humanidad», el hombre es la única especie viva que se ha de «construir», «producir», «hacer». Pero si la «naturaleza» es lo exterior al hombre, lo que le rodea, lo que le construye, entonces hay que proclamar con toda energía que el medio, a su vez, es un producto, es una construcción humana que, en tanto que tal (en tanto que «construcción») agota su naturalidad El medio es el

producto de la ciencia realizada, es decir, de la técnica, es decir, del trabajo. Por ello, la naturaleza del hombre es la «Polis», esto es, la «naturaleza» del hombre es política y, consecuentemente, su ocultación no puede ser otra cosa que la necesidad y el efecto de la acción social del poder en la medida misma en que se reproduce como tal, pero que se produce como poder que controla la producción y que precisa de su ocultamiento «natural». Hacer, por tanto, biologismo no es una empresa neutra: Roqueplo indica muy bien que es desfigurar (o tratar de desfigurar) el poder de la ciencia, como poder del poder que exige su concentración y totalización. O lo que es lo mismo: es negar el carácter «producido» y dominado del medio «natural» y negarlo por una necesidad ideológica de condición (entre otras) de reproducción del dominio del poder.

0.9. Ahora bien, esa dominación no carece de nombre, no carece de sujeto ni de carácter: el modo de producción dominante expresa su sujeto y caracteriza el conjunto de relaciones en que consiste tal dominación, precisamente como relaciones de explotación y opresión. En ese sentido, la ciencia no es dominación del «hombre» sobre la naturaleza: si el modo de producción dominante es el MPC, su sujeto histórico es la burguesía y el poder de la ciencia es esa misma producción del entorno, así como mediación política de la dominación económica de clases sobre clases y, por lo tanto, agresión que obedece a la estricta lógica del poder capitalista en cuanto éste se manifiesta primera y fundamentalmente en la producción. De esta manera, la naturaleza, en cuanto que es económico-política, pero, a la vez, en cuanto que oculta éste su carácter histórico, es el efecto ideológico de una dominación que oculta sus estructuras reales, su división en clases antagónicas. En ese sentido, la «naturaleza» es imputable históricamente, como su dominación; pero no al «hombre», sino a las clases sujeto de tal dominación. Asimismo, la ciencia, el poder, la «naturaleza» se inscribe en el proceso dialéctico de la producción; pero se inscriben, además, con una lógica que, a niveles ideológicos, se puede expresar en la alternancia politización/despolitización. Politización como efectos de su ser productos de la historia; pero despolitización como el ocultamiento de las estructuras reales en que consisten, ocultamiento que es el efecto de la dominación de clase. Sólo así puede matizarse la afirmación de que el humanismo primitivo (el del siglo XIX, con Feuerbach como símbolo) no pudo resistir el empuje de la crítica de la economía política, aunque sí había logrado superar el impacto de las ciencias naturales. Sencillamente, porque la crítica de la economía política hace que cambie de signo todo lo referente a la ocultación política de la historia y sus productos, entre los que el hombre es el efecto mayor.

0.10. Sin embargo, esta incidencia política no deja de ser combatida: desde los años 50 la Biología se abre a una doble dimensión, apertura que Moren caracteriza de arriba abajo, de abajo arriba, como apertura del espacio de la fisico-química (completada por las teorías de la Información, la Cibernética...) y de la Sociología. La biología esclarece la estructura energética del código

genético (fenómenos bioquímicos de la vida) y se abre, a la vez, a los conceptos de «información», «comunicación», «inteligencia», «acción». No se trata sólo de eso, además la biología pretende alcanzar las dimensiones «superiores» de la sociología y la psicología, amparada en los descubrimientos de la estructura molecular, la improbabilidad de los sistemas, etc. Se descubre que no hay especificidad de la materia viva, que lo que llamamos «vida» no es sino una organización específica de la materia a partir de los sustratos nucleoprotéicos y que, por tanto, la vida no es otra cosa que un **sistema** con elementos y principios de organización que desbordan inmediatamente todo lo conocido en el terreno de la química: información, código, mensaje, programa... La cibernética comienza a apoyar estas investigaciones, en la medida en que comienza a considerar a los sistemas vivos como sistemas (= máquinas) informacionalmente autoregulados y controlados. Es el momento en que comienzan de nuevo a plantearse los viejos problemas: ¿qué es lo bionatural en el hombre? ¿que lo psicosocial? ¿de dónde proviene la cultura? La física clásica sufre asimismo el impacto de los nuevos tiempos: indeterminación, azar, necesidad, relatividad. Células, máquinas, sociedades parecen obedecer a unos mismos principios: a los de control, autoregulación, programación. Las leyes cibernéticas lo invaden todo: desde el estudio del comportamiento a la programación industrial, desde el examen de las culturas a la teoría de la literatura. Hombre, máquina y sociedad parecía, desde planos distintos, pero en la misma óptica de los principios de la **organización**, parecían de nuevo coincidir.

0.11. Como Apostel ha indicado, sin embargo ni la relación estructural de la vida ni los principios de organización ni las nuevas dimensiones de la física podían cuestionar los principios de la dialéctica ni la especificidad real de la historia. A la máquina ya no se alude si no es por la ejemplificación que puede aportar al concepto de **organización**, pero siempre sobre la base de una **totalización organizada** que ni se reduce a sus elementos componentes ni se agota en la regulación interna de esos mismos componentes, pues se abre a nuevos sistemas, regulando, por lo mismo, la transformación de los programas de control y sistematización, Esto es lo que se conocerá bajo el concepto de «neguentropía»: si el II Principio de la termodinámica alude a la tendencia de la materia a la desorganización (= entropía), la vida, la sociedad, el hombre representan la tendencia de una organización y complejidad creciente (= neguentropía). Lo que, en otros niveles, se traducirá en la posibilidad de superar el formalismo estructuralista, puesto que las estructuras dejan ya de concebirse tanto en términos de repertorio fijo y definitivo como en dimensiones de pura productividad formal. No sólo se reconoce la necesidad de fijar una génesis de la estructura, sino que, además, la concepción se amplía hasta preveer el carácter estructurante y transformativo de los principios de organización. En este sentido, Von Neumann (1966) con sus trabajos sobre los autómatas muestra elementos que podemos perfectamente incluir en la dialéctica orden/desorden,

organización/desorganización, progresión/complejización. La «**complejidad**» no se aplica exclusivamente a la lógica de lo vivo, sino que además pone el énfasis en las características productivas e integradoras del sistema.

0.12. El problema, sin embargo, sigue residiendo en lo que haya de entenderse por complejidad, **autoregulación**, autoorganización, **generación o productividad**, en especial si lo referimos al tema que aquí nos ocupa: Historia y emergencia de la subjetividad. Si, efectivamente, la nueva Biología ha dejado inservible la noción de «naturaleza», de lo que se trata no es tanto de establecer qué tipo de relaciones mantiene el organismo con su medio, cuanto de caracterizar la relación que establece entre ambos el concepto de sistema o de complejidad. Aquí volvería a presentarse el equívoco biólogo: la consideración de los «ecosistemas» como «nichos naturales» que obedecen a las leyes de la resolución «espontánea» de los conflictos. Interacciones de tipo complementario que, por la intervención de principios «formativos» (Lamarck) o «selectivos» (Darwin), que vendrían a hacer de tales ecosistemas **totalidades autoorganizadas y equilibradas** de ciclos perfectamente regulados. Por supuesto que el ámbito de la historia y, por lo mismo, el de la personalidad no pueden reducirse a este tipo de complejidad equilibrada, de autoorganización donde la armonía es el resultado final de todos los procesos. No pueden identificarse sin más la relación ecológica entre un organismo con la relación de un individuo con su matriz social. Schrödinger es cierto que establece el principio de que el ser vivo no se limita a extraer de su medio energía y materia, sino que el organismo lo que extrae de su medio es, en lo fundamental, energía organizada, información, «entropía negativa», lo que supone la afirmación de que el ecosistema es co-organizador y co-programador del organismo que en él se instala (Morin).

0.13. Por ecosistema entendemos la conjugación de una comunidad de seres vivos (= biocenosis) y el nicho geofísico que ocupan (= biotopo), es decir, la totalización unificada de ambos elementos. Nuestra mayor objeción se pone en cuenta de la imposibilidad de trasladar la teoría de los ecosistemas (con su propiedad fundamental de «**autoorganización espontánea**» y el proceso complejo de las interacciones que conducen a una forma estable de **autoequilibración**) al ámbito de la sociedad histórica. Ciertamente es que en el ecosistema la relación se establece entre dos sistemas abiertos y recíprocamente complementarios, integrados por las leyes de la **totalización**. Pero la sociedad histórica posee un fundamental carácter contradictorio que no es el simple producto de **un proceso evolutivo**, sino en el que consiste lo esencial de esa misma historicidad. Una cosa es la afirmación de la interrelación entre distintos sistemas (incluso, la afirmación del carácter **abierto** de estos sistemas) y otra, y muy distinta, pensar que tal interrelación debe culminar en procesos integrados de equilibración. Porque esta última afirmación no sólo prejuzgaría todo el proceso histórico en términos de «adaptación» (ideología sociológica del

funcionalismo), sino que, además, induciría toda la concepción del economicismo, cuyas características veremos enseguida.

0.14. Al hablar de sociedad histórica ciertamente podemos estar de acuerdo en la aceptación de un complejo de ciclos fundamentales, de una seriación de tendencias, la materialización de algunas de las cuales no obedece, en absoluto, a las leyes mecánicas de la causalidad lineal, por lo que es absurdo pretender que se establecen «totalidades autoorganizadas», ya que ello tendría como presupuesto la imparable lógica, para **lo social histórico**, de los elementos objetivos que cumplen su organización en la necesidad indesbordable de las leyes de organización del repertorio (vicio fundamental del estructuralismo formalista). Esto supondría caer en el organicismo de un Spencer; pero, igualmente, condenar la intervención de factores subjetivos, precisamente en tanto que palanca decididamente revolucionaria de la transformación. Economicismo que lo pone todo a cuenta del simple juego de los factores infraestructurales y que culmina, por otras vías, en una misma confluencia con el revisionismo, al aceptar la trampa de que el proceso imparable de la lógica social debe conducir a situaciones de armonía o de superación simplemente acumulativa.

0.15. Una cosa, repito, es aceptar con Schrödinger la necesidad de que el ser vivo necesite de organización compleja y de información (en el sentido cibernético del término); una cosa es también la afirmación de que la mayor complejidad del sistema vivo determine su mayor dependencia en relación al ecosistema en que se inscribe, supuesto que esa mayor complejidad establece la necesidad de más relaciones (organizadas y jerarquizadas) con el medio propio; pero otra cosa es deducir de eso que la sociedad histórica pueda llegar a alcanzar su equilibrio armonioso de la complejidad superior que el medio social alcance, hasta conseguir responder a todas las necesidades de multidependencia de las clases y los individuos. En todo caso, una sociedad histórica tal se detendría en la historia, llegaría a su consumación/detención. Porque, en el caso de tal sociedad histórica, la autoorganización no se resuelve sino en autonomía negativa, es decir, en autonomía que consigue materializar la negación, no de cualquier cosa, sino precisamente del ecosistema de que es producto. Que hay una dialéctica dependencia/independencia «ecosocial» del hombre no resuelve nada, porque nada significa. Que hay una dialéctica dependencia/independencia de las clases sociales respecto a la necesidad de un salto cualitativo que obtenga un ecosistema más equilibrado, sólo es comprensible desde la óptica del antagonismo contradictorio de tales clases y en la comprensión de que sólo una de ellas es la **negación** que positiviza el orden, en la medida en que alcanza su autoorganización concebida ésta como proyecto consciente de oposición al orden establecido y, por tanto, como oposición consciente a las otras clases interdependientes, pero **antagónicas**.

0.16. La autoorganización de lo vivo es, pues, algo muy distinto a un tipo de

autoorganización social. Por tanto, si las nociones de la ecología no pueden ser trasladadas mecánicamente al campo de la sociedad histórica, con mucho mayor motivo las investigaciones de etología (= ciencia del comportamiento animal), no pueden confundirse con los estudios sobre el comportamiento humano. Ya sea que se acepte la invalidez de las nociones de «instinto», como reacciones automáticas, ya sea que se precise el concepto de «reflejo», es necesario comprender la distancia que media entre el comportamiento animal y el comportamiento histórico. Por supuesto que aceptamos que el comportamiento animal sea organizado y organizador, como aceptamos la existencia de las realidades de comunidad y territorio y aún las de comunicación para el mundo animal (Bateson). Pero nada de estos elementos representa una aportación sustancial superadora o esclarecedora de las características específicas del comportamiento histórico. Por supuesto, hay elementos en el comportamiento animal que no dejan dudas respecto a su aplicación social; es decir, hay elementos en el comportamiento animal que expresan que tal comportamiento está regido por rigurosos principios de organización, lo que elimina la falsa idea de que la agrupación animal es inorgánica. Pero otra cosa es creer que la sociología histórica pueda ser parte de una presunta «Sociología animal» (= Etología), hasta el punto de que se considere que la comunicación, el símbolo y el rito dejan de ser actividades específicamente históricas (como pretende Morin). Igualmente, una cosa es afirmar que la etología obliga a un replanteamiento general de la psicología animal y otra pretender que tal replanteamiento pueda extenderse hasta el ámbito de la psicología histórica. La sociedad histórica (= humana) no es una simple variante de la sociología natural, porque, en definitiva, ni en la infraestructura del comportamiento humano ni en su superestructura nada hay de común con las bases del operacionismo animal. La base territorial, la estructura jerárquica de la «sociedad animal, la solidaridad, la cooperación animales no sólo no es la base» de un proceso evolutivo que culminaría en el hombre: es que entre ambos se produce un hiato que ninguna evolución puede llenar (véase Leroi-Gourham o alguien mucho menos sospechoso como es Laborit). Estaría aquí presente toda esa carga ideológica que convierte a la Biología en un nuevo instrumento de la lucha de clases.

0.17. La hominización no se sitúa, pues, en el tiempo de la evolución, sino que se repite en el proceso mismo (proceso de tiempo histórico) de la **humanización**. Pretender desprender una genética «prehistórica» que dé cuenta tanto del desarrollo del cerebro humano como de las bases societarias (técnica, lenguaje, cultura...), que concluyen en la instauración del proceso histórico y pretender hacerlo en base a «tiempos» distintos, es perder inútilmente el tiempo. Hominización y **humanización** son las dos dimensiones de un proceso único, aunque desigual y combinado, si atendemos a las distintas nucleizaciones territoriales de los homínidos. Por supuesto que tal proceso se inscribe en un marco natural, pero el problema, tal como hoy es presentado por los

antropólogos, es la determinación o caracterización de esa misma naturalidad. ¿Hay un eslabón intermedio? ¿Puede mantenerse la continuidad biología/sociedad sin que se alteren gravemente los hechos establecidos por las mismas ciencias naturales, a las que tanto respeto se les quiere conceder? Afirmar que es preciso romper los esquemas rígidos y negar tanto el biologismo como el antropologismo, no resuelve nada, ya que, en el fondo, es una toma de postura implícita a favor, en última instancia por el biologismo. La teoría de la autoorganización natural para las sociedades históricas es tan falsa como lo es su vinculación a una lógica biológica de la complejidad de lo vivo.

0.18. ¿Dónde situamos el proceso de arranque de la hominización? Está claro que debe darse una maduración anatómico-funcional en el ser humano; pero no lo es tanto que esta maduración sea, por sí sola, el antecedente necesario que establece el arranque del proceso de humanización. Por el contrario, es la humanización la que orienta la hominización. El sapiens no lo es solamente por su capacidad craneana, por su expansión cerebral, por su bipedismo, por la especialización de su mano. Lo es por todas estas cosas; pero en la medida en que tales factores son orientados, desde el momento mismo del nacimiento, por las relaciones «humanizadoras». Sapiens no se desliga de «socius», porque se implican correlativa, dialécticamente. De nada vale una expansión cerebral que no es potenciada por el lenguaje, que no es «funcionalizada» por la maduración socialitaria.

0.19. Lo anterior puede comprobarse con el análisis de uno de los elementos presuntamente más simples del psiquismo: me refiero al concepto de «reflejo». Por supuesto que no se trata aquí de establecer toda la teoría, sino sólo de adelantar algunos elementos de importancia que ayuden a comprender cómo la simple yuxtaposición de niveles de organización es incapaz para resolver las dificultades que plantea la idea de continuismo mecánico. Con Colodrón habría que afirmar, como premisa general, que las leyes que rigen los distintos niveles de organización de la realidad son transformadas en la medida en que tales niveles se organizan en realidades más complejas; es decir, cada nivel supone una discontinuidad en la continuidad, como formas de movimiento específico que se transforman en estructuras superiores, de tal manera que la evolución de los niveles antecedentes o consecuentes modifica sustancialmente el movimiento del nivel intermedio, a la vez que éste es factor de transformación de los otros niveles. Así, los procesos animales o humanos «son resultado de la complejización progresiva habida en los niveles precedentes de la estructuración de lo real. Tienen, por tanto, su origen en la materia no viviente, pero no pueden ser explicados por ella. Cuando la complejidad de desarrollo de un nivel de la realidad alcanza un determinado punto, surgen cualidades nuevas irreconocibles en los elementos que integran la totalidad; es decir, surge, un nuevo nivel de integración, una nueva forma de movimiento» (Colodrón). El nuevo nivel surgido explica al anterior y no al contrario. Así, si atendemos a la evolución del

concepto de «reflejo» vemos que fue adoptando cada vez dimensiones más complejas de la actividad adaptativa del organismo, pasando desde una concepción fija e inmutable (= respuestas reflejas como producto de la experiencia de las especies, cristalizada en organización nerviosa hereditaria, respuestas que se producían con la maduración de las estructuras nerviosas correspondientes y en las que se daba la posibilidad, por asociación temporal, de reemplazar el estímulo desencadenante por otro cualquiera -externo o interno-asociado a él, lo que daría lugar al condicionamiento. En este sentido, se suponía -Pavlov que estos reflejos estaban relacionados con las estructuras subcorticales profundas mientras que la asociación temporal se ponía a cuenta exclusiva de la corteza cerebral), a una concepción mucho más dinámica. Hoy sabemos que la distinción entre reflejos incondicionados y condicionados ya no es tan inmutable: que la corteza interviene en los dos tipos (experiencias de Asratian), no sólo a nivel de ajuste, pero, además, incluso a nivel de representación cortical, en el sentido de su proyección en los diversos niveles del sistema nervioso central. Por otra parte, Anojin complejizaba la imagen tradicional del reflejo (= tres eslabones, uno que iría de los órganos receptores a los centros nerviosos, otro que uniría las áreas centrales receptoras y motoras y un tercero que transmite el impulso desde los centros hasta los órganos efectores), para lo cual introducía un cuarto elemento (parte de los órganos electores y va a los centros nerviosos, llevando la información sobre el cumplimiento de la acción, de tal manera que cualquier nuevo elemento puede llevar a una consiguiente modificación del acto en cumplimiento, etc.). No incluyo aquí otros elementos (experiencias de Bykov, etc.). En todo caso, de lo que se trata es de hacer ver que una complejización de las estructuras biológicas cambia el sentido y la orientación de los niveles de base y que, en fin, todo nuevo estímulo, en estos simples elementos, se inscribe en la condicionalidad de los modos de acción de las estructuras biológicas más complejas, de tal manera que dicho estímulo se halla doblemente condicionado por la historia tanto filogenética como ontogenética del organismo en cuestión. Si esto es así para la historia natural, se comprenderá cómo la variación es superior en el caso del hombre, puesto que simplemente a niveles de organización nerviosa corresponden (¿biológicamente? Es claro que no) **cualidades de acción específicamente distintas**. Si esto se conecta con la distinción de Laborit entre «paleoencéfalo» y «neoencéfalo», ya se advertirá las consecuencias que puede implicar una simple extensión de distinciones biológicas o de sus continuidades respecto a la caracterización de la sociedad histórica por relación a las «sociedades» animales (y esto aún contando con el supuesto de las gratuitas extrapolaciones que hace el mismo Laborit).

0.20. Todo esto nos lleva a la necesidad de establecer la especificidad de un tratamiento de la personalidad que sitúe el problema de lo psicológico por relación a los elementos que lo fundan e, igualmente, en conexión con los procesos de regresión y ocultamiento que tal instancia (lo psicológico) favorece.

Epistemología y Especificidad de la Psicología

I

I.0. ¿Es posible una teoría de la personalidad que no se desprenda, deductivamente, de una filosofía? ¿Es posible una psicología que no sea la prolongación estricta de una ciencia social o natural (adviértase que nada digo aquí en contra de subordinaciones o dependencias)? En último término, lo que intento plantear es algo muy simple: ¿es posible una ciencia de lo psicológico que se funde en la especificidad de su objeto propio y en la que no quepa ningún reduccionismo biologista o sociologista? Yo creo que no jugamos sólo a niveles de validación epistemológica cuando pretendemos hablar de psicología: en el fondo, esta cuestión se inscribe en el marco de un problema permanente de tipo político y al que la pedagogía, por sí sola, es incapaz de responder. Problema que recubre (y a veces encubre) una de las más grandes polémicas político-ideológicas de los últimos 50 años. En esta polémica (operatividad de las ideologías, proceso de construcción de la conciencia de clase) se situaba, entre otras cosas, la posibilidad misma de una ciencia de lo psicológico y esto con independencia de la operatividad que lo psicológico mismo pudiera tener en el ocultamiento de los procesos económico-sociales de la historia.

I.1. En estos últimos tiempos, se han producido un conjunto muy valioso de trabajos acerca de la utilización de la psicología, como arma que oculta, por un lado, la dominación de clase y, por otro, como instrumento que posibilita la integración de conductas subversivas, marcándolas con la etiqueta de lo paranormal, de lo individual irreductible a toda otra instancia que se salga de los parámetros estrictamente controlables del disturbio (?) patológico de conducta. Aquí, sin embargo, ya no se trata ni de la utilización que las sociedades capitalistas o socialistas (?) puedan hacer de la psicología ni de la efectividad que ésta pueda tener para desviar una crítica material efectuada sobre los procesos de explotación y opresión. Se trata de la efectividad misma, de la realidad que quepa atribuir a eso psicológico. No en términos de regresión o de ocultamiento (atribuir a lo individual lo que es efecto del «desorden» económico-político), sino en los más positivos que puedan contribuir a explicar cómo se producen tales hechos de regresión u ocultamiento. Una primera aproximación (de tipo perogrullo) consistiría en la evidencia por el hecho: si hay regresión, si se produce el ocultamiento es porque las estructuras de lo psicológico están ahí y no pueden ser discutidas. Y punto. Pero esto en nada contribuiría a clarificar el debate: una cosa es la caracterización que lo psicológico sufre en su mismo carácter histórico; otra, y no confundible, es la realidad misma de eso que llamamos psicológico. Pero, además, el problema se centra si consentimos en distinguir lo «vivido» de la personalidad de lo que es la personalidad misma; si distinguimos la eficacia productiva de las ideologías de lo que es el proceso de estructuración de esa ideología y lo hacemos a niveles individuales. Una cosa es

decir que la esencia personal individual consiste en la **excentración** del sujeto, consiste en el conjunto de relaciones sociales que el sujeto mantiene o establece y otra cosa es determinar cómo esas mismas relaciones construyen, instauran al sujeto. Porque si bien, como acabo de decir, no se yuxtaponen los procesos de hominización y humanización, lo que interesa es ahora establecer la propia efectividad de tal único proceso.

I.2. Un planteamiento crítico semejante no lo encontramos entre los profesionales-funcionarios del ramo: en todo caso, la discusión se establece en torno a las mejores posibilidades de operatividad de las nociones que se manejan o en las cuestiones de efectividad de las propias técnicas (experimentales, de diagnóstico o terapia) utilizadas; pero en absoluto hay un cuestionamiento de la específica realidad con la que se tiene que tratar. Por supuesto, esta actitud no es indiferente a la formación ideológica que hace de tales técnicos eficaces servidores de la instrumentalización psicológica o, lo que es lo mismo, eficaces instrumentos al servicio de los procesos de regresión y ocultamiento de que vengo hablando. Por el contrario, la crítica se instala en el planteamiento antagónico, aquel que, la mayor parte de las ocasiones, opta por negar realidad y estatuto específico a eso que venimos llamando «lo psicológico». Sin embargo, en esta tradición de crítica (como vinculada a la conexión entre materialismo histórico/materialismo dialéctico) es donde podemos encontrar los elementos más característicos del problema que nos ocupa. Para seguir el debate con una cierta claridad (y aunque tengamos que repetir hechos de sobra conocidos) voy a trazar una distinción entre los dos momentos más destacables en el establecimiento del problema.

I.3. El primer momento se sitúa en el final de los años 20 y década de los 30 y el marco teórico-político del debate se establece desde la consideración del marxismo como teoría de la revolución moderna. La polémica se establece respecto a diversos factores, como son la necesidad de comprensión de la naturaleza y funcionamiento de la ideología, el desarrollo de la conciencia de clase, la comprensión de la subjetividad a partir de las instancias metodológicas del materialismo histórico, la comprensión de los procesos que llevaron finalmente a trabar el progreso revolucionario y que posibilitaron, con una base de masas, el ascenso del fascismo, la necesidad de adecuar una nueva pedagogía a las nuevas necesidades de la sociedad soviética, la función práctico-social de una «subversión de las conciencias» conectada al desarrollo de la lucha revolucionaria no sólo en los niveles de la lucha económico-política, sino también en los más inestables de la vida cotidiana, etc. Es el momento del nacimiento del freudomarxismo con todas sus ambigüedades; es asimismo el momento de eclosión de las más ásperas luchas en el interior de la izquierda; la situación en la que Politzer y Vigotsky luchan por construir una psicología materialista; el período en el que el combate por la comprensión del alcance revolucionario de los «factores subjetivos» se instala frente al movimiento imparable del burocratismo y economiscismo estalinistas.

I.4. Si una sola frase bastara para situar el problema, acaso sólo pudiéramos hacerlo con la siguiente pregunta: ¿Cómo las leyes económicas de la historia inciden sobre las estructuras caracteriales del individuo?; pero siempre que a esa pregunta le siguiera esta otra: ¿cómo se forman esas estructuras caracteriales? Los hombres que en los años 30 tratan de contestar a estas preguntas no pretenden apartarse de la orientación revolucionaria y metodológica del marxismo; pero comprender que tal orientación debe completarse y no sólo en la dimensión de conectar el m-h a la especificidad de lo psicológico, sino en la línea de abrir un nuevo ámbito a la ciencia de la historia, precisamente el ámbito que el psicoanálisis descubría, es decir, el del **inconsciente**.

I.5. Si la crítica de la economía política representaba el descarnamiento y la comprensión de las fuerzas que gobernaban la vida económico-social de los hombres, los freudomarxistas afirmarían que la crítica de Freud, fuera y haciendo omisión de sus dimensiones biológicas y naturalistas, representa el más formidable ataque contra la cultura de la sociedad mercantil y patriarcal. Por otra parte, verán en el psicoanálisis la vía regia que consienta una crítica radical de la vida cotidiana, que permita explorar los más profundos procesos de la formación de la personalidad y, consecuentemente, las vías por las que se instala la ideología burguesa, hasta hacer que las masas adquieran la falsa identidad que les aleja de la defensa total de sus intereses de clase. Lo que los freudomarxistas constatan no es sólo la imparable progresión de una programación de la vida de las masas, sino además que las categorías económicas del m-h son insuficientes para expresar la realidad del sufrimiento personal. No se trata de que no comprendan que tales categorías pueden y de hecho expresen la causa del sufrimiento: se trata de que, para ellos, la «historia sepultada», la historia que se ejerce sobre los sujetos (y a pesar de ellos) debe poseer una traducción subjetiva (aunque no ideológica), es decir, debe materializarse en los procesos que constituyen y fundan la subjetividad.

I.6. Si se quiere, se trata de algo que va más allá de la simple «Liberación de los instintos»: se trata de lo que instituye el orden del deseo, si por esta expresión pretende darse cuenta, explicar el plano de la realidad de los sujetos. Los freudomarxistas son conscientes de su contribución política a la lucha total y, en esa medida, muchas de sus más lúcidas intuiciones quedan superadas por la inmediatez militante en que sitúan su aportación. Es decir, en ocasiones esa necesidad suya de militancia les aleja, hasta situarlos en posiciones ambiguas, de lo que se insinuaba como su gran objetivo: el desprendimiento de las mediaciones que «subjetivizan» la implantación de la dominación de clase, hasta «ocultar» el hecho incuestionable de la contradictoriedad de intereses. Comprenden el carácter de clase de la cultura dominante y comprenden, asimismo, la relatividad histórica cultural. Pero no son capaces, la mayor parte de las ocasiones, de plantear el problema central: ¿cómo la cultura dominante forma la subjetividad?

I.7. Es necesario que este punto quede claramente comprendido: el problema no estriba en el hecho mismo de la represión, en la crítica de la moral sexual patriarcal, en la asunción crítica y consciente del «malestar de la civilización», en la necesidad de inscribir la subversión de la vida cotidiana en el marco general de la lucha económica y política. El problema está no sólo en la «no conciencia» de las causas económicas y políticas de la opresión de la cultura, sino, lo que es más fundamental, en el cómo la «esencia humana» que, en su realidad, «es el conjunto de las relaciones sociales», se **constituye**. La radicalización de los movimientos de la Sexpol, como movimientos anticapitalistas contra la civilización y sus instituciones, en nada afectaba a este planteamiento que, en la realidad, debía haber sido la base fundamental de la crítica.

I.8. Porque no es ya cuestión de cómo se adquiere e impone una ideología determinada: todo sigue centrado en torno al problema fundamental de cómo las estructuras económicas, de cómo las relaciones sociales «median» la reproducción (y reproducción histórica) de la misma sociedad. Las categorías económicas y políticas poseen una validez y priorización que nadie discute; pero lo que se plantea (y se plantea con la rigurosidad que exige la fundamentación científica) es la mediación objetiva entre el **individuo social y el individuo psicológico**. Y este es el único punto sobre el que podría establecerse una confluencia no psicologista entre teoría de la sociedad y de la historia, entre teoría de las formaciones sociales y teoría de la subjetividad. En una palabra, lo único capaz de establecer sobre bases rigurosas una psicología científica.

I.9. La condena del freudomarxismo (no aludo aquí por más tiempo a sus graves errores) se establece sobre la base de una deformación ideológica (burocrática, sustituita, economicista) del mismo m-h. Ciertamente no en la medida en que tal condena podía significar un «aplazamiento» de los deseos, sino en la medida en que no se situaba sobre el plano del derecho de las masas a su autogestión económica, social, política. No en la medida en que negaba la prioridad de la revolución sexual, sino en la medida en que negaba el protagonismo histórico de las masas, en la medida en que exigía **la delegación** revolucionaria a los órganos hipertrofiados del partido. El economicismo se instalaba en la pretensión que otorga a la producción y al desarrollo de las fuerzas económicas un potencial revolucionario, transformador, potencial que se niega a la práctica directamente política, directamente crítica de la lucha política y social. Economicismo que se inscribe, como dice R. García, en una concepción «histórico-genética del hombre que, siguiendo a Reich, preferiré denominar teoría economicista, es decir, la teoría que concibe el trabajo como la praxis específica del hombre, atribuyendo por consiguiente a la producción y al desarrollo de las fuerzas productivas un potencial crítico». Esa condena, pues, tenía como base la deformación del m-h, deformación establecida por la ortodoxia estalinista.

I.10. Creo que de lo anterior se desprende con suficiente claridad que pretender

una base científica para una teoría de la personalidad no se confunde, en lo absoluto, con la aceptación del psicologismo. Como he dicho en otro libro, no es la conciencia la que puede explicar la historia, sino al contrario: pero esto no exime a la historia de explicarla. Tal como yo veo al freudomarxismo, el tema de que éste quiso ocuparse fue el del sufrimiento psicológico como derivado de la organización económica capitalista: explicarlo a la manera de un gigantesco socioanálisis que habría de ir seguido, inmediatamente, de un no menos gigantesco proceso «terapéutico» de supresión o eliminación de tal sufrimiento. Es decir, lo que en el plano económico-político cumpliría la militancia político-sindical, tendría que ser llevado a cabo, en el plano de la cultura, de la vida cotidiana, de la afectividad, etc., por los psicólogos comprometidos de la Sexpol. Hacer consciente el «malestar de la cultura», por medio del análisis de la sociedad represiva, del padre, de la familia, etc., etc. Este sería el sentido del movimiento: criticar el fetichismo de las relaciones afectivas de los individuos, subversión centrada en la transformación de la vida individual, pero subversión que debía ir antecedida de la «concienciación» de las relaciones de conexión entre vida privada/vida social.

I.11. Bernfeld, uno de los más interesantes pedagogos del período que estamos considerando, plantea el problema en la más pura tradición marxista: plantear el problema de cómo se engendran los mecanismos psíquicos con los que los hombres vivientes y actuantes crean las representaciones ideológicas correspondientes a las relaciones de producción en que se encuentran. En este sentido, no es suficiente con señalar los medios cómo se materializa una ideología, sino que es esencial establecer el cómo las estructuras socioculturales posibilitan y determinan la emergencia de un tipo histórico de conciencia. Y esto independientemente de que haya de mostrarse el valor productivo (= actuante) de las mismas ideologías.

I.12. Se puede, pues, situar el intento freudomarxista en las preocupaciones generales de una época marcada por las más terribles crisis de la izquierda política: el intento de incidir en la lucha de clases; pero, además, de hacerlo en oposición a una férrea concepción mecanicista (la del economicismo burocrático), mostrando las posibilidades y las necesidades de la intervención «subjetiva» en la transformación de las condiciones objetivas (recuérdese las condiciones prerrevolucionarias alemanas y su fracaso, con la regresión de las masas a las formas de integración ideológica fascista). No creo que sea oportuno hacer aquí la crítica del freudomarxismo, la oportunidad que pudiera tener su intento masivo de socioanálisis. Pero sí destacar que su gran aportación fue la de mostrar el dogmatismo liquidacionista de una concepción que vinculaba estrechamente la ideología a su base económica, sin molestarse en comprobar su dialéctica propia (crítica que hoy podría hacerse en el mismo sentido al estructuralismo).

I.13. La segunda parte del debate posee dos dimensiones: una, que se sitúa en la tradición de los intentos por cubrir el hueco dejado por el m-h respecto al problema de la personalidad (Sève, Andreani, Althusser, etc.), y otra que pasa inmediatamente al establecimiento de los principios epistemológicos que ayudan a poner las bases de tales intentos. Respecto a los primeros, cabe establecer dos grandes líneas de actuación:

- a. dimensión de los principios en orden a establecer las bases de una psicología científica, desprendida de toda impregnación ideológica: descubrimiento de las estructuras que «fundan» la personalidad. Aquí, tras el esclarecimiento epistemológico, con la crítica de la posición del m-h y del m-d respecto al problema, la tarea es inmediatamente constructiva, como se demuestra en las psicologías de Piaget, Wallon, Merani, etc., todas ellas en distinto grado de consecución de los objetivos perseguidos (a estas construcciones dedicaré el capítulo III);
- b. dimensión de la operatividad de las ideologías, como extracción de las estructuras no conscientes de la personalidad, producidas y productoras, determinantes de las cadenas de conducta que, en una u otra valoración, «actúan» una ideología.

I.14. En la primera dimensión, acaso lo más esclarecedor sea la polémica (llamar polémica a la discusión de un conjunto de principios esclarecedores no es lo más pertinente; pero, por cuanto Sève sí que polemiza con Althusser, nos contentaremos con llamar de ese modo a lo que no es sino una discusión esclarecedora), entre Andreani y Sève y que se establece a partir de lo que este último considera como principios válidos del m-h, para el establecimiento de una teoría de la personalidad. El debate tiene dos aspectos:

1. competencia del m-h en el dominio de lo psicológico
2. relaciones entre lo biológico y lo social, como determinantes de la realidad estructurada «personalidad».

Andreani sostiene la necesidad de distinguir entre m-h y m-d, distinción que se amplía hasta abarcar la que debe producirse entre **ciencia de las estructuras sociales** y **ciencia de la historia**. El m-h es una ciencia ya constituida, la de las estructuras sociales, que no se confunde con una ciencia de la historia, en la medida en que esta última se serviría del m-h como **corrector epistemológico**, pero sin que pueda confundirse con tal ciencia de la Historia. Qué sea esta ciencia, no es nada que Andreani aclare, ya que se limita a establecer la necesidad de un conjunto de ciencias (?) que expliquen las «estructuras inconscientes» de la vida cotidiana. El equívoco se instala aquí: ¿qué significa explicar esas estructuras «inconscientes»? ¿descubrirlas, acaso? Pero, esto ¿qué significa para las necesidades de establecer la «**concreción, materialidad, historicidad**» de la esencia humana **inherente a las relaciones** sociales? ¿Cómo

afecta el desarrollo de las fuerzas productivas al desarrollo de la propia subjetividad individual? **¿en qué sentido las relaciones sociales determinan la emergencia de esa subjetividad?** El problema de las relaciones de producción es otro, pues, aunque se trate de relaciones sociales fundamentales, el tema ha de inscribirse en las determinaciones ideológicas que tales relaciones imponen. Es decir, una cosa es la afirmación (Politzer) de que **el secreto de la psicología no es de orden psicológico** (en lo que estamos radicalmente de acuerdo) y otra la necesidad del establecimiento de **lo que es específicamente lo irreductible de lo psicológico**.

I.15. Para Andreani, el m-h sólo sirve de instancia epistemológica general, en lo que se refiere a la posibilidad y necesidad de establecer una psicología materialista y científica, puesto que el m-h da cuenta de las estructuras fundamentales de la historia, pero no es la totalidad de la historia. No se trata simplemente de que tales estructuras no sean conscientes; se trata de que las estructuras que «fundan» la historia no son evidentes directamente, «visibles» directamente, aunque son las que, en última instancia, dan cuenta de la totalidad de los fenómenos determinantes de la vida cotidiana. Otra cosa es lo que haya de concebirse por estructuras «inconscientes», entre las que se encuentran las que fundamentan la subjetividad humana y (además de ellas) aquellas otras que explican la «inconsciencia» del carácter fundamental de las leyes últimas de la historia (de la «fundación» social, del «carácter» de clase de las relaciones sociales de producción, como fundantes y determinantes del resto de la totalidad de las relaciones sociales, entre las cuáles, precisamente, se encuentran las que «construyen» la subjetividad). Brevemente: una cosa es la formación histórica en que consiste la personalidad y otra es la ideología histórica y de clase que determina el ocultamiento (y, por tanto, la inconsciencia en lo que respecta al carácter de las relaciones sociales de producción) de las leyes que rigen la formación, desarrollo y transición de las sociedades concretas. A este respecto, importa ya distinguir:

1. dialéctica materialista (con toda su carga política de crítica revolucionaria) aplicada a la sociedad humana y su historia, como teoría de la lucha de clases y de la función revolucionaria del proletariado. Por tanto, teoría del análisis de las relaciones sociales, «en la que se capta el propio movimiento con que se construye toda forma» y que, en Marx, adopta toda su pureza en el análisis del MPC.
2. teoría de las ideologías, como un apartado específico de esa teoría dialéctica de la historia, como un elemento más del análisis de las relaciones sociales, pero con la especificidad que impide caer en un vulgar economicismo.
3. teoría de la subjetividad que no se confunde con la teoría de las ideologías, pero que está en estrecha dependencia del análisis

totalizante de la sociedad y sus fuerzas, así como de la efectuación de las ideologías.

Por tanto, es el tercer apartado el que exige la construcción (siendo su metodología general la de la dialéctica histórica) de una psicología científica, que parta de un hecho específico (= la subjetividad y sus manifestaciones), para alcanzar un objeto específico e irreductible (= personalidad o sujeto concreto e histórico). Sujeto humano que se expresa en la totalidad de sus prácticas (las que hacen de él un ser social e histórico), prácticas cuyos ejes característicos son los de **productividad significativo/ comunicativa**. Con lo que el problema se inscribe en la necesidad de construcción de un modelo científico que dé cuenta de la totalidad de esas prácticas, de su emergencia e integración.

I.16. Pero aquí es necesario corregir a Sève: el proyecto no consiste en alcanzar ninguna esencia (por concreta, material e histórica que se pretenda). Por el contrario, se trata de articular el núcleo **estructural y estructurante** que posibilite la comprensión de la totalización de esas prácticas y organizativas; se trata de comprender la formación del psiquismo, con sus infraestructuras y superestructuras específicas, en el conjunto de las relaciones sociales que lo expresan y atendiendo al sistema (materialista y dialéctico) de matrices transformativas y operatorias que incorporan (instituyéndolo) al sujeto a su ecosistema (= sociedad y clase), incorporándose y transformando los elementos de ese medio social histórico, produciendo y reproduciendo las condiciones de su existencia como tal. Sólo desde esta perspectiva, el secreto de la psicología deja de ser secreto psicológico, porque el 'yo' (y con él el comportamiento, el inconsciente, la conciencia y la personalidad) no es sólo producto, sino productor, no es mecánicamente la traducción esquemática de las relaciones sociales de producción, sino que es el efecto de las mediaciones de éstas, en sus caracteres institucionales de tipo cultural, político y social. Como se verá con Vigotsky, Piaget, Wallon maduración nerviosa, sensomotriz, afectiva, simbólica instauran un proceso único y complejo del que se desprenden los distintos estratos, niveles organizativos, de complejidad creciente, que fundan la multiforme realidad del sujeto, desde su constitución corporal a su identidad social, personal, política, etc. Esto representa, al menos, la distinción de tres distintos niveles de integración:

- a. **antropogénesis** (en sus aspectos filogenético y ontogenético; pero filogenético en una dimensión muy concreta que, para este trabajo, elimina la necesidad de recorrer todo el trayecto evolutivo) ;
- b. intelectual (establecimiento de las estructuras de denominación sensomotriz», hasta alcanzar, por el lenguaje, la consolidación intelectual) ;
- c. **caracterial** (que se manifiesta en los aspectos afectivos, pero que posee su culminación superior en la construcción del sistema de «yos»

de los que la personalidad es su expresión unificada).

Por tanto, la pregunta debe ser: ¿cómo configuran las relaciones sociales la personalidad? Y ello sin caer en los equívocos de las facultades, porque la personalidad se constituye en totalización Integrada (de la patología psíquica se desprendería esta unidad, en la medida en que son los aspectos escindidos de la identidad personal los primeros elementos sintomáticos de esa patología). Pero, a la vez, sin caer en el reduccionismo biologista o economicista, como expresiones concentradas de la trampa idealista del dualismo. No puede darse una teoría psicológica sobre esta falsa premisa: lo biológico como el contenido y lo social como la forma que modula a eso biológico (Sève). Por el contrario, de lo que llevamos dicho se obtiene:

1. los niveles superiores de organización transforman y cambian de sentido a los inferiores, de tal manera que el imprinting sociocultural orienta toda otra acción de base (ejemplo de la nueva concepción del reflejo y que se expresaría en la fórmula de que todo comportamiento humano está patterned desde el momento mismo del nacimiento) ;
2. no se pueden reducir las relaciones sociales a puras relaciones formales: éstas imprimen carácter, en la medida en que son constituyentes;
3. no se puede sin más trasladar las relaciones sociales de producción a su expresión psicológica, porque ésta expresa tales relaciones en el ámbito que le es propio (generatividad técnico/ significativa, comunicatividad que **se media** por la «individuación» de experiencia - situaciones concretas e irrepetibles- en que se manifiestan tales relaciones sociales).

I.17. Se pregunta entonces por la operatividad que tenga recurrir al modelo de «inconsciente». Entran aquí y en este momento en juego las referencias que he venido haciendo a elementos como «**estructura fundamental de la subjetividad**», «**necesidades**», «**capacidades**», «**sistemas de las matrices asimilativas, transformadoras, generadoras**»: en breve, el sistema de códigos y matrices de la acción, de la producción, de la significación, de la comunicación y que se note que, cuando hablo de «sistema», estoy refiriéndome a un proceso de totalización y de historicidad. Desde las técnicas del cuerpo a los sistemas de producción de mensajes y/o acciones, nada tendría sentido si no se supone la existencia de una estructura estable y profunda, de una estructura que posee su propia génesis; pero, además, de una estructura abierta, esto es, de una estructura capaz de asegurar los intercambios con el medio, de asimilar, integrar, combinar, transformar los elementos de tal medio (no se trata, evidentemente, de la idea estructuralista de un repertorio finito que se manifiesta en la obediencia a las leyes de construcción que establece una combinatoria, sino de algo mucho más complejo, como es el concepto de un repertorio que puede ampliarse, que debe

ampliarse y, como consecuencia, que puede llevar a transformaciones en la propia legalidad de la «combinatoria». Se trata de concebir de modo amplio el problema de los significantes, no reduciéndolos a la dimensión verbal: la significación, la dialéctica referencial -y, con ella, la acción- cobran de esa manera nuevas dimensiones que desbordan el mecanicismo y aún el fatalismo que siempre se desprende del estructuralismo). **Un medio**, no me cansaré de repetirlo, histórico/social. Pero, por otra parte, la referencia a inconsciente (u otro concepto similar) es obligada, porque ¿qué justifica la «densidad» semántica, biográfica, social de integración que se produce en la acción perceptiva? ¿Qué sentido tiene la experiencia, precisamente en sus aspectos de valoración, de cualificación? La biología del comportamiento (Laborit) no llega a explicar la homeostasis personal (Homeostasis: constancia del mantenimiento de las condiciones de equilibrio del organismo respecto a su medio o del mantenimiento de la constancia de las condiciones de vida en el medio interior = teorías de C. Bernard, Cannon, Shannon), como la memoria, la dinámica cerebral, etc. no explican ni la concepción de «objeto» ni la «imaginación» ni la de percepción: el tiempo histórico, la biografía social e individual, la efectividad de las ideologías no se reducen, en absoluto, a sus condicionantes de base (Anojin, Wiener, Colodron, Zazzo, etc.). Debe darse, pues, esa estructura que marca la inflexión de lo social sobre lo fisiológico y lo transforma; estructura que se mantiene (capacidad de abstracción, de deducción, de creatividad, etc., que se instaura desde el momento mismo en que se consolida la matriz del lenguaje, pero que no se reduce a éste solamente, como se desprende de las operaciones de connotación perceptivo/significativa, operaciones a las que Mouloud y G. G. Granger han dedicado excelentes trabajos y cuya existencia -la de tales operaciones- se manifiesta en los procesos de deestructuración de la personalidad). Estructura historizada que se expresa en la dinámica **necesidad/acción social** y que tiene sus efectos en los procesos de orden semejante al siguiente:

- Actividad / Medio / Relaciones / Sujeto / Actividad
- Medio / Capacidades del individuo / Disponibilidades reales del medio / efectuación concreta de los procesos de socialización
- Cumplimiento de necesidades = Ampliación necesidades
- Sistema real accesible al individuo (identidad de clase) de los medios de la acción social como constituyente de las posibilidades efectivas individuo, etc.

Como se desprende, pues:

- Prácticas = procesos efectivos de transformación y producción que se conectan con los temas:
 - qué se puede hacer
 - sobre qué se puede hacer

- con qué se puede hacer
- para qué se debe hacer

prácticas cuya adscripción de clase se materializa en las instituciones que las vehiculan (clase, familia, escuela...) y cuya finalidad cobra sentido por referencia a los procesos concretos de explotación/represión o de liberación/transformación.

I.18. Sociedad/trabajo, Necesidad/humanización se implican dialécticamente, pero su orientación está determinada por los condicionantes históricos que sólo el m-h desprende. El trabajo determina las más primitivas bases de la estructuración humana: satisface las necesidades más inmediatas de la naturaleza humana, pero en la medida en que el nivel mínimo de desarrollo de tal «naturaleza» está fijado por el nivel de desarrollo histórico alcanzado, como se manifiesta en la formación social y las estructuras de clase que el MP determina (MP dominante). Por ello, no se puede simplemente hablar de trabajo (o de «lenguaje» o de «acción social»): es preciso saber de qué trabajo se habla, de la forma que revisten las «relaciones de trabajo», del destino del producto del trabajo. Porque estas cuestiones conducen al tema de la afiliación social del individuo y, por lo tanto, a la determinación y caracterización del par Necesidad/humanización. En este sentido es necesario «historizar» y concretar tanto el sentido de **la acumulación** como el de **la socialización/humanización**. La acumulación tiene dos niveles distintos de realización (= capitalización) que no se confunden:

- el productivo que se manifiesta en el conjunto de las relaciones sociales de producción
- el reproductivo que se cumple en lo anterior; pero que además, que perpetua (intenta perpetuar) la adscripción «estructural» de las clases y, lógicamente, de los individuos que las realizan.

Capitalización, pues, que extrae y realiza la plusvalía, que reproduce social y objetivamente las condiciones materiales (económicas, políticas e ideológicas) de producción/reproducción histórica, en las relaciones sociales de producción y en las matrices generativas individualizadas que organizan productivo/significativamente la acción. En esta línea, ha de situarse el problema de la totalización histórica de las necesidades y su manifestación ya materializada (= «subjetivizada») de la constitución del sujeto.

I.19. Una psicología científica, pues, debe extraer las estructuras no conscientes de la dinámica personal, dando cuenta de su carácter producido y, además, de su desarrollo, en las sucesivas reestructuraciones que marca el proceso evolutivo individual. Debe dar cuenta del producto «vivido» y, a la vez, del carácter estructurante de tales formaciones subjetivas individuales. Lo que significa que una psicología tal, desprendida epistemológicamente del m-h, posee su propio ámbito de validez y necesariamente su propia validez específica de tipo epistemológico (una cosa será afirmar esa dependencia final del «corrector.

epistemológico subordinante; otra, no comprender que una ciencia debe poseer, junto con la base específica de su objeto, la especificidad de los procedimientos que le permiten la construcción teórica de ese objeto). Esto es, una psicología tal debe dar cuenta de la formación y articulación de las estructuras subjetivas, de tal modo que el proceso «**actividad/socialización/subjetividad/conducta/subjetivización**» tenga su propia efectividad teórico-experimental. Que no se confunda, pues, la «construcción objetiva» con el concreto real que se objetiviza (por los procedimientos científicos), como no debe confundirse **el acto** con **lo vivido** de dicho acto, en cuanto, además, ambos no se confunden (esta es una de las más graves confusiones en la que incurren los grandes críticos de la psicología: confunden la efectividad y validez epistemológica de la psicología con la red ideológica que enmarca su utilización e instrumentalización -Deleule, C. L. Sastre, etc.). En efecto, las necesidades están mediadas por los actos y las prácticas efectivas de la socialización y la culturización y ello a distintos niveles o planos de cualificación y de efectuación. Una cosa es la legalidad estructural determinante «en última instancia» y, otra, la valoración superestructural que se realiza de tal legalidad. Importa no sólo el tránsito del «acto el pensamiento» (Wallon); importa también -pero en un plano que no se confunde con el anterior- el sentido mismo que adopta la materialización de la ideología, sus procesos: el sujeto es «inconsciente» de las formas de actuación de ambos tipos de estructuras (las que fundan, precisamente, su subjetividad y las que «valoran» esa misma subjetividad, con los índices histórico-sociales de clase, medio, educación, etc.); pero, mientras las primeras poseen una estabilidad irreversible, las segundas pueden ser -y de hecho lo son- modificadas, transformadas, hasta el punto de cualificar con signo distinto la operatividad de las primeras. En una palabra, una cosa es la «fundación» de la subjetividad (= procesos genéticos de raíz histórica que establecen la identidad «sujeto».) y otra, y muy distinta, la **determinación ideológica** de esa subjetividad. Es claro que la distinción tiene mas operatividad a nivel metodológico que a nivel «real»., puesto que, en la realidad de efectuación de tales procesos, la subjetividad no se construye ajena a todo un conjunto de practicas de valoración ideológica (la personalidad se instituye en un proceso dialéctico de intercambio medio/individualidad) que imprimen su sello al sujeto: así, la ideología es **productiva** a nivel social, en la medida en que el sujeto es inconsciente del valor de clase de sus practicas, lo que incide tanto en su conciencia de clase como en la imagen misma deformada que se da, «subjetivamente», de esas practicas. Pero lo que quiero decir es que la ideología (valoración de esas practicas sociales, consciencia o inconsciencia de su sentido, imagen, pues, que de ellas se posea) puede ser transformada en el choque de conflictos a que conducen prácticas/valoración/medio contradictorio (de otra manera, ni se comprende el «malestar cultural», la neurosis, el conflicto asumido, la reconstrucción practica de la identidad social a partir de la lucha por la defensa de los propios intereses, etc.). La subjetividad se «ejerce». en un medio

contradictorio y se ejerce valoradamente (= ideológicamente): la consciencia se inscribe, pues, en un proceso de asunción crítica de ese sentido de valoración, en la medida misma en que las situaciones de conflicto plantean una nueva dimensión a la «Dramática» individuo/social (Politzer).

I.20. Frente al disturbio comportamental, el psicólogo levanta el acta de una biografía concreta y **orienta** (= pretende acompañar «lúcidamente» al paciente) la consciencia del sujeto, hasta esclarecer las causas de tal disturbio; pero esclarecer y orientar están ellas mismas (en tanto que operaciones terapéuticas) valoradas ideológicamente, por la posición de clase que asuma el psicólogo. No es lo mismo trazar el trayecto de lo que llamamos «antropogénesis» (situación límite en el plano teórico donde se sitúa) que la materialización de tal proceso en una biografía concreta. Si aceptamos esa causación socio/ideológica de las conductas, si situamos los índices patógenos en un medio conflictivo, si planteamos la terapia (?) desde esa concepción de la regresión de lo político a lo psicológico, ya se comprende qué poco tenga que ver nuestra intervención (¿profesional?) con una estrategia de adaptación o de instrumentalización del sujeto a las necesidades de reproducción de tal medio. Pero conviene no confundir los elementos: que el m-h sea el «corrector epistemológico» de nuestra practica en tanto que psicólogos (ya sea como productores teórico-científicos, ya como técnicos del psicodiagnóstico y de la terapia), no excluye la especificidad del objeto psicológico. Existe una específica topología espacio-temporal que si, en sus rasgos generales, responde a las determinaciones económico sociales, en su misma concreción aparece como **dinámica personal**, ya que no se puede prescindir de la mediación individual como tales determinaciones se materializan. Por esto, no se puede confundir «lucha de clases». con su concreción en la Dramática individual (utilizo aquí la expresión de Politzer, a pesar de sus ambigüedades): la extracción de plusvalía, los procesos de explotación, opresión y represión tienen, en los espacios socio-personales en los que «también» se cumplen, manifestaciones muy concretas que no es posible pasar por alto.

La Epistemología y los modelos de la Psicología

II

II.0. Si de lo anterior se desprende el carácter genéticamente secundario y epistemológicamente distinto de las instancias que se han venido utilizando (la formación social y sus mediaciones institucionales, la subjetividad y su expresión psicológica, lo consciente vivido y lo inconsciente ideológico, las prácticas económico-sociales-culturales y su «valoración» ideológica, como «imagen deformada» subjetiva, las estructuras de efectuamiento de la ideología, etc.), si se

ha comprendido todo ello, es ahora necesario que nos introduzcamos en el problema de la validez científica de la psicología, del sentido de su dependencia, de los rasgos específicos que en ella adopta el procedimiento científico, habida cuenta de esa su dependencia, de esas distinciones que he venido haciendo, de la necesidad de caracterizar, en planos distintos, aunque confluyentes, la antropogénesis y los modelos de la personalidad.

II.1. Que **lo vivido** sea genéticamente secundario, porque es producto y nunca productor, no atañe para nada, a su realidad. Son las estructuras de equilibración, de apertura, asimilación y acomodación, de transformación y su conexión con el ecosistema histórico las que fundan a la subjetividad en su realidad de base. Otra cosa son los conflictos, las contradicciones de la formación de esta personalidad y su valoración, en tanto que instancias que se interiorizan y cuya función se expresa en la «eficacia» del sistema individual, eficacia que viene determinada, en su carácter, por las necesidades productivo/reproductivas de la formación social concreta a la que caracteriza su MP dominante, dominación que se ejerce, en ese plano, por las instituciones correspondientes. Eficacia, en definitiva, establecida por las necesidades de reproducción ampliada que establece la clase dominante. De esa forma, la génesis de esas estructuras personales queda ya orientada por la forma que adopta la dominación, no sólo al nivel estructural general de la formación social en cuestión, sino también por las mediaciones materiales concretas de esa dominación (familia, calidad del medio, escuela, etc.). De ahí, por tanto, que las contradicciones generales adopten y se manifiesten en formas desiguales y complejas en el plano individual (factores de mediación de esas contradicciones que, para los sujetos, se expresan en las formas conductuales de su comportamiento habitual).

II.2. El problema atañe ahora a lo que se refiere al tratamiento científico de lo psicológico, a su misma posibilidad teórico-científica, con los temas de la teoría y su validación, de los modelos y su concreta aplicación a este ámbito específico. Problema de la teorización de los procesos formadores que se sitúan en el plano de la personalidad, con la distinción entre la instrumentalización clasista de la psicología y la «forma» misma de la Ideología. ¿Es posible hoy una psicología, como práctica teórico-científica que se distinga de las «técnicas» de integración de lo psicológico? ¿Es posible «desprender» unos principios que validen formas generales de psicodiagnóstico, con total independencia de lo que puede ser su recuperación clasista? Centremos todavía más el problema: ¿es posible una ciencia de lo psicológico, depurada de toda adherencia ideológica? ¿es posible un «psicodiagnóstico», una psicoterapia situadas más allá de su instrumentalización al servicio de las necesidades adaptativo-integradoras de la clase dominante? Yo creo que lo que aquí se nos cuestiona son dos cosas: de una parte, la coherencia científica de un discurso que dé cuenta de los procesos generales de la psicogénesis (y que incluye el conocimiento de los procesos de materialización subjetiva de las ideologías); de otra parte, las técnicas que, por referencia a un

modelo standard de comportamiento, determinan el grado de «desviación» y los procedimientos de «regulación» de una cadena conductual individual. Como se ve, es fundamentalmente lo segundo donde se instala la instrumentalización recuperadora, pues es ahí donde intervienen los patrones de valoración ideológica de lo normal y lo patológico, de lo ajustado y lo «desequilibrado». Sin embargo, los reduccionismos que pueden desprenderse de la comprensión de los procesos de psicogénesis (biologismo, psicologismo, sociologismo) está claro que inciden sobre las técnicas, hasta determinarlas. Pero que se acepte esto no quiere decir que, necesariamente, hayamos de confundir los dos planos, supuesto que su distinción es el primer elemento que nos puede conducir a un tratamiento correcto de la dificultad.

II.3. No vamos a desarrollar en esta ocasión las líneas generales de una Historia de la Psicología (inexistente, por otra parte, desde los supuestos que estoy tratando de presentar. Las historias generales que se presentan desarrollan concepciones «lineales» de los sistemas psicológicos y, a lo más, sirven de presentación de un conjunto de materiales, pero sin intentar resolver el problema clave que sigue siendo el de la constitución teórico-científica de «la» psicología. Aparte de tales historias, los trabajos más interesantes en esa perspectiva de contribución pueden ser los de Piaget, Greco, Canguilhem, Merani, etc.). Mi proyecto es más restringido, aunque también más crítico: ver si es posible establecer los principios generales epistemológicos a partir de los cuales sea posible iniciar ese tratamiento diferenciado de lo psicológico. Para lo cual, es imprescindible situar los ejes centrales del problema.

II.4. Las primeras aproximaciones al tema nos plantean ya los primeros problemas de índole constitutiva: ¿hay un discurso unitario de la psicología? ¿hay un discurso semánticamente preciso de lo psicológico? ¿hay un discurso científicamente productivo, es decir, un discurso productor de conocimientos acerca de o sobre lo psicológico que instaure el estatuto científico de «la» psicología? Y en correspondencia con todo esto y con lo que se lleva dicho acerca de la especificidad perceptiva de eso psicológico, ¿existe el objeto científico llamado «personalidad»? Lo primero que constatamos cuando nos acercamos al «ambiente» teórico de lo psicológico es la multiplicidad de discursos, la pluralidad de sistemas, la inexistencia de un instrumental único, epistemológico y metodológico, que haya de ser forzoso punto de referencia y de intervención de cuantos trabajan (teórica o técnicamente) ese ámbito de realidad. En ese sentido, lo que se manifiesta, con una evidencia brutal, es la existencia de «psicologías», de discursos teórico-técnicos contradictorios que se entrecruzan sobre un ámbito único y para cuya justificación sólo cabe un recurso: la «juventud» de la ciencia, los distintos esquemas referenciales de partida, la «debilidad» de los fundamentos como manifestación no de la naturaleza pseudocientífica de las prácticas, sino como expresión de las «naturales crisis de crecimiento» (?). Pero estas argumentaciones, como es obvio, se sitúan de

entrada en un desconocimiento «interesado» de lo que es la ciencia, de lo que es el contradictorio y complejo proceso de constitución de una ciencia. Yo quiero insistir en lo que llevo dicho: esta contradictoriedad de fundamentación que multiplica «las» psicologías, este confusionismo «ideológico» que multiplica los discursos no afecta, generalmente, ni a la evidencia empírica de eso psicológico (en cuanto «manifestación», en cuanto «realidad» que está ahí y que es preciso «fundar» científicamente) ni a la eficacia misma de las técnicas de tratamiento. Por ello, estoy en radical desacuerdo con los que concluyen, de la existencia de esta multiplicidad de discursos ideológicos, que lo psicológico posee una existencia ilusoria. El ámbito burgués de tratamiento teórico manifiesta la pluralidad de «las» psicologías y de esta pluralidad sólo cabe concluir o que es imposible una ciencia de la personalidad individual o que esta imposibilidad sólo existe en cuanto está determinada por las necesidades de consolidación y expansión de la ideología dominante. Porque los otros argumentos (juventud, multiplicidad de los esquemas referenciales, crisis de crecimiento, etc.) son absolutamente incompatibles con el concepto crítico de «ciencia».

II.5. Que toda ciencia esté ideológicamente determinada (R. García), que toda ciencia esté instrumentalizada al servicio de un proyecto de poder, nada obsta a los rasgos generales que la definen por oposición a las formaciones teórico-ideológicas, rasgos que podríamos resumir en el **carácter productivo** de los procedimientos **conceptual-objetivos** que establece la estrategia del pensamiento científico y en el hecho de que tal productividad se manifieste en la formación específica (contrastada y validada) de **un objeto** propio. Es decir, el objeto científico es el producto resultante de las operaciones en las que consiste el proceso productor que denominamos «teórico-científico». No significa esto que la «realidad» sea producida por el pensamiento: quiere decir, sencillamente, que el objeto, lo «ontológico» de una ciencia es el efecto de las operaciones que caracterizan al pensamiento científico en cuanto tal. Pensamiento al que Mouloud definía desde sus dimensiones axiomático **operatorias**; pensamiento que podemos caracterizar como el proyecto que establece su productividad objetiva desde la armazón **epistemológica, lógica y metodológica** que le convierte en la instancia contrastada de conocimiento. El objeto que desprende, que produce la práctica científica es el efecto de las operaciones que el pensamiento axiomático-operatorias determina sobre el material proporcionado por la experiencia, por la percepción y es el efecto de tales operaciones en la medida en que éstas son capaces de establecer el conjunto de los criterios correctores de su objetividad. El objeto científico no es, sin más «aquello» de lo que trata la ciencia, porque esto es lo mismo que capta la percepción o que deforma la ideología: el objeto científico es el resultado de lo que trata la ciencia y de ese mismo tratamiento. De ahí que no pueda darse ciencia si no existe un material que tratar, si no existen unos procedimientos de tratamiento, si no se da una instancia de corrección del tratamiento mismo. Lo que conduce a la afirmación de que el tratamiento

científico instala ya la realidad «objetiva» y la instala con sus propios fundamentos.

II.6. Es desde esos supuestos desde donde debe plantearse el problema de la unidad de una ciencia y, por tanto, de la propia psicología:

- unidad ligada a **una estrategia global y sistematizada** del pensamiento científico (en los tres planos co-implicados y co-determinantes de la epistemología, la lógica y la metodología);
- unidad en el establecimiento, en **la construcción de un objeto propio y específico** (el objeto que construyen, en su articulación estructurada, los conceptos de una práctica específica);
- unidad que se reconstruye, desde un grado de desarrollo dado de la ciencia en cuestión, con la formulación del proceso **genético de su historia** (historia concebida como la reconstrucción dialéctica de los procesos productores de sus conceptos).

En suma, la unidad de una ciencia se manifiesta en el reconocimiento de su objeto específico y propio, así como en la elucidación de los procesos productivos específicos que se sitúan en la base de su constitución como procesos productores de conocimiento con especificidad propia. Unidad, por tanto, que parte del estado de desarrollo alcanzado por su objeto propio, que parte de su nivel actual de complejidad, por lo que, la reconstrucción histórica de su producción, es inabordable si no se efectúa a partir del reconocimiento actual de su constitución presente. Unidad, pues, contradictoria cuyo reconocimiento supone el análisis de las coyunturas de su formación y desarrollo, de los procesos de ruptura mediante los que se instaló en el espacio de tratamiento científico, que recorre las peripecias de formación de sus problemáticas, etc., etc.

II.7. En esta perspectiva, hablar de «psicologías» es cuestionar, desde su base misma, el propio estatuto de su cientificidad. No se puede, estrictamente, hablar de «físicas» o de «biológicas» (aunque sea lícito hablar de planos de observación o de subsistemas), porque ello representa situarse en la situación precientífica de su formación como ciencias. Aludir aquí a una multiplicidad de discursos psicológicos, pues, representa cuestionar todo el tratamiento **único de lo psicológico** o, lo que es lo mismo, negar la efectividad de un planteamiento científico, en que éste sólo puede ser uno, Y aquí no cabe el eclecticismo: los distintos discursos sobre lo psicológico no pueden reducirse a una única red estructural, en la medida en que no obedecen a una misma dinámica conceptual, definida ésta por el conjunto de principios axiomático-operatorios que la fundan como única. Otra cosa, por supuesto, es la transformación del objeto: la integración de nuevas variables modifica la estructura ya conseguida, lo que es distinto de afirmar que invalida esa estructura ya construida. Si afirmamos el carácter histórico de las ciencias es porque afirmamos la dimensión dialéctica del

proceso de construcción de sus objetos. Pero esto se entenderá mejor si planteamos un conjunto de afirmaciones que centren lo que haya de entenderse por ciencias e historias de las ciencias (seguiré aquí, en lo fundamental, la exposición de Ipolo y Castells).

II.8. La intervención de la Ideología no se reduce ni a su presentación pseudocientífica ni a su articulación con las ciencias ya constituidas, sino que también se produce en un nivel general de caracterización totalizante (pretensión de las filosóficas teorías del conocimiento, teoría de «la» Ciencia, «Historia» de «la» Ciencia, validez «del» Método, etc.). Una crítica radical de la ciencia una crítica radical del conocimiento desprende -no sólo su historicidad, sino también la especificación y diversidad de los discursos científicos y, con ellos, de sus objetos propios. Ni hay una Ciencia general, ni puede haber una teoría general de la ciencia y, consecuentemente, no puede darse una historia general de la «ciencia». Las ciencias se sitúan históricamente en formaciones sociales concretas, en matrices de problemáticas históricamente vigentes y se sitúan en la especificación de los procedimientos que les son propios. Pero además, no hay un objeto inicial de las ciencias, objeto que se dé acabado, de una vez por todas y cuya recuperación científica simplemente se reduzca a un proceso lineal, acumulativo de acercamiento. El objeto de una ciencia se construye, es decir, se realiza en la misma medida en que la ciencia en cuestión se realiza. Y sólo teniendo esto en cuenta es como puede adquirir sentido la afirmación de que la historia de una ciencia, la historia de «las» ciencias es la reconstrucción genética del trayecto de desarrollo, de las contradicciones, avances y regresiones de la ciencia en cuestión. Sólo teniendo eso en cuenta, se puede comprender el sentido que, para la historia de una ciencia, tiene el análisis de la coyuntura socioeconómica, ideológica en la que se produce la emergencia de la problemática y su específico tratamiento científico. Emergencia que representa una ruptura con las formaciones teóricas antecedentes (bien porque se rompa con una representación filosófica, teológica, mitológica o bien porque se rompa con un planteamiento científico incorrecto o porque se recorran nuevas vías o porque se profundice en las ya abiertas...), pero emergencia que parte de un nivel de desarrollo (económico, social, político, científico) dado. Por esto la historia nunca es un proceso lineal, nunca es el registro de unas simples acciones de acumulación; por esto, también, la historia no puede realizarse sino desde la situación efectiva, problemática, abierta en que nos instala el estado de construcción real del objeto científico, lo que nos obliga, para trazar esa genealogía del objeto, partir de su comprensión previa, porque sólo desde esta comprensión es posible trazar la estrategia concreta que nos haga buscar las vías auténticas de realización del objeto científico que consideramos. Es decir, como dice Canguilhem, se trata entonces de descubrir un real orden histórico, esto es, la efectividad de los procesos epistemológicos y metodológicos que concluyen en la construcción del discurso científico.

II.9. Esto es lo que imposibilita una meta-teoría de la ciencia, del método: si se quiere (aunque en este punto siento prevención por los problemas idealistas que podría engendrar una incorrecta comprensión de lo que voy a decir), lo que es posible, lo que es necesario es una genealogía de las categorías históricas de la objetividad, una genealogía que se inscribe en el análisis de los procesos que fundan a esas categorías y que se convierte en la historia material de la producción y de las operaciones de producción de tales categorías; pero una genealogía, en fin, que parte de las ciencias mismas, de su diferenciación y especificidad y que las concibe desde la perspectiva del apesamiento, en los concretos conceptuales de pensamiento, de las categorías de lo real y su dinámica misma que es el juego mismo de su dialéctica. En esto es revolucionaria la ciencia: su genealogía es la del espíritu social y colectivo, la historia de los hombres y sus luchas en la dominación/transformación/constitución del mundo que les es propio. Y esta crítica no sería revolucionaria si no aportara el elemento fundamental que supone esta comprensión de la transformación: el destino histórico de las clases hacia la asunción de su compromiso final.

II.10. La adopción de una estrategia constructiva de parte de la razón científica no elimina, en las rupturas que debe consumir, los esquemas referenciales de partida, puesto que esa razón se encuentra, a su vez, anclada históricamente. Una cosa es el conjunto de operaciones y procedimientos de que la razón científica se vale en sus procesos de construcción conceptuales/objetivos; otra es la matriz de la que proceden los intereses, los esquemas referenciales, la problemática a la que se enfrenta la razón. El procedimiento científico excluye, de su campo de tratamiento, lo ideológico, pero esto no supone que lo excluya ni de la valoración misma que de las prácticas científicas se dé ni de las instancias a las que, en último término, las ciencias (y los científicos) obedecen. La forma en que se expresa científicamente una realidad es producida por el conjunto de procedimientos que caracterizan a la práctica científica; pero el proceso en su misma efectividad de práctica social obedece a una dinámica que ni se reduce ni se agota en la intencionalidad cognoscitiva (Galileo podría ser el ejemplo paradigmático de esto. Por otra parte, Hegel ya afirmaba en su Ciencia de la lógica que existen otros supuestos, otras fuerzas a las que, en definitiva, obedece la historia). Lo que aquí es necesario decir es que la práctica científica no es posible sin la crítica permanente del pensamiento que en su propia operación productiva se vigila. Pero que esta crítica no alcanza ni se extiende (si no es que la operación de vigilancia se amplíe -y aquí ya habría que hablar de otras cosas, como podrían ser el compromiso vigilante que entraña la militancia activa y consciente) a las fuerzas estructurales que determinan esa práctica científica, como incluida en la totalidad de las prácticas sociales.

II.11. Lo anterior conduce a una serie de precisiones de tipo general que, inmediatamente, conectaré con los problemas que aquí estamos planteando. Las teorías científicas no se limitan a registrar, unificar, coordinar hechos o datos.

Una ciencia construye su objeto y lo construye mediante los procesos que definen el proyecto de racionalidad tal como se materializa en la construcción conceptual-objetiva (Mouloud). La historia de esa ciencia representa la elucidación dialéctica de los procesos de realización del proyecto de racionalidad. La teoría científica se expresa en un lenguaje semánticamente preciso, del que se ha desprendido críticamente todo rastro impresionista y metafísico, hasta resolver y reflejar conceptualmente el concreto real en el conjunto de relaciones fundamentales y totalizadas que lo expresan. Al tiempo, ese lenguaje si bien es el producto de unas operaciones *selectivo/organizativas* de tipo general, no se construye sino en la medida en que materializa tres dimensiones absolutamente implicadas entre sí:

- resolución de los «obstáculos» epistemológicos que traban el proceso conceptual; operaciones de vigilancia crítica que neutralizan la irrupción de elementos no asumibles por los planos de control, observación, verificación que el proyecto racional establecen;
- conectividad jerarquizada de los elementos de la estructura conceptual-objetiva entre sí; no supone esto únicamente la deductividad como propiedad general del sistema, sino además la congruencia de todos los elementos entre sí, el establecimiento de las leyes que aseguran la codeterminación de todos los elementos, su «estructuración», como obediencia de todos y cada uno de los elementos a las leyes de «axiomatización» que el proyecto se da a sí mismo y cuyo cumplimiento asegura, en sus funciones de vigilancia, la razón crítica;
- como la coherencia formal no basta, es preciso que se cumplan las leyes operativas que la razón define para los elementos estructurados; hay que tener cuidado en este aspecto metodológico u operativo, ya que tal operatividad (= conjunto de operaciones que definen a los elementos de la estructura) no tiene por qué resolverse en los procedimientos experimentales que definen, por ejemplo, a las ciencias físico-químicas, supuesto que cada ciencia establece el nivel o el plano de validación que le corresponde.

II.12. Si hubiera que hacer una operación comparativa de urgencia, habría que afirmar que, hasta cierto punto, las operaciones epistemológica, lógica y metodológica del lenguaje científico tienen una correspondencia con los valores sintácticos, semánticos y pragmáticos del lenguaje general. Pero esto hasta cierto punto, claro, pues de lo que se trata, para los dos, es de construir el plano de *la significación*, siendo los procedimientos que cada uno utiliza no exactamente convertibles entre sí. El lenguaje científico añade a su necesidad de *matematización* (= aspecto formalizado de la implicación axiomático/operatoria que define el procedimiento general de las matemáticas), las operaciones que

establecen su *función referencial*, junto con los medios que garantizan la validación o invalidación (experimentación) de esa referencia. Para que se comprenda este punto: las matemáticas construyen su objeto, siendo su plano de referencia el que definen las leyes del propio sistema (= irrealidad matemática del objeto construido). Por el contrario, una ciencia no formal «produce» el objeto que corresponde referencialmente a un sector o ámbito de la realidad. Lo epistemológico, consecuentemente, no se agota en la mirada crítica que impide la formación de obstáculos ideológicos, que consuma las rupturas, etc., sino que, además, garantiza la eficacia referencial de la propia construcción, por lo que el instrumento metodológico lo que hace es ratificar, o no, la corrección y ajuste de tales funciones objetivo/ referenciales.

II.13. Los tres planos no son convertibles de una ciencia a otra, lo que establece la imposibilidad de una «Teoría general de la Ciencia», como he venido indicando. Los tres planos tienen distinta expresión en cada ciencia, lo que hace que éstas adquieran la especificación de sus estructuras epistemológico-matemáticas, lo mismo que poseen su específica orientación ideológica. Lo que interesa es comprender el sentido que, en cada ciencia, adoptan estos planos. Está por demás decir que, igualmente, cada ciencia se incluye en una dinámica a la que puede contribuir a esclarecer cuestiones del tipo:

- ¿qué «acumulación» hace posible un tipo determinado de conocimientos?
- ¿a qué necesidad social responde?
- ¿qué rupturas ha debido efectuar?
- ¿qué función social cumple?

Porque la estructura epistemológica de una ciencia no sólo determina el aspecto lógico y operativo de la estructura teórica misma, sino que, además, cualifica o valora a esa estructura, le confiere una dimensión «económica» dentro de una formación social determinada o, lo que es lo mismo, determina la respuesta a las necesidades de producción, reproducción y expansión del MP dominante, en la medida en que es, a la vez, función de ese MP. Por esto, la crítica de una ciencia no se agota en el aspecto purista de su validez objetiva, sino que se extiende además a la función (económica e ideológica) que ese sistema de objetividad cumple en la matriz económico social en la que se inscribe. No sólo lo ideológico es productivo (a efectos políticos, económicos y sociales) : lo es también la ciencia en su prolongación cultural e ideológica y en su utilización económica.

II.14. ¿Qué tesis se desprenden de las anteriores notas? Es aquí donde podemos situar el conjunto de elementos epistemológicos que proponen los análisis de Ipola y Castells y que paso a enunciar lo más condensadamente posible:

1. Epistemología: práctica de vigilancia de las operaciones (conceptuales

y metodológicas) de una práctica científica. Con esta vigilancia se pretende anular y neutralizar los efectos de los obstáculos que afectan a la producción de conocimientos.

2. Proceso de producción de conocimientos como transformación de una materia determinada (anteriores conocimientos y/o representaciones ideológicas) en un nuevo producto determinado (= conocimiento), efectuado por agentes determinados de producción científica, utilizando medios de trabajo determinados (conceptos, teorías, métodos) en condiciones de producción (materiales y sociales) determinadas.
3. El proceso de producción de conocimientos, como proceso de práctica científica, está articulado a procesos de producción más generales, entre los que los ideológicos tienen un espacio muy bien definido. Lo que significa que el proceso de producción teórico (científico e ideológico) existe en el interior de una formación social concreta («coyuntura histórico-social determinada»).
4. Que las condiciones de producción corresponden a lo que en los procesos de producción económica se denomina «relaciones de producción», matriz que distribuye a los agentes de producción con respecto al control del proceso en su conjunto. El proceso de producción no existe ni en estado «puro» ni es neutral ni se da de manera atomística, ya que todo proceso productivo es inseparable del sistema en el que se inscribe (a niveles general y específico).
5. que la práctica científica es el conjunto complejo de procesos determinados de producción de conocimientos, unificados por un campo conceptual-objetivo común, organizados y regulados por un sistema de normas e inscritos en un conjunto de aparatos institucionales materiales (= centros de investigación y de enseñanza).
6. en el interior de una formación social dada, el conjunto determinado y complejo constituido por el sistema de las prácticas científicas determinadas y el «medio» ideológico determinado (= relaciones e intereses de clase) en el que tales prácticas tienen lugar, es a lo que se llama «saber» como formación teórico-social definida que se manifiesta, difunde y es sancionado por el conjunto de las instituciones en las que tal producción tiene lugar.

(Castells e Ipola, «Práctica epistemológica y ciencias sociales», págs. 139-142).

II.15. Si se comprenden los elementos anteriores, ya estaremos en condiciones de situar los restantes elementos que definen los rasgos generales y comunes de las distintas epistemologías.

- que no existen ni Ciencia, ni Método ni Historia en general de la Ciencia.
- que el concepto es el producto-unidad de significación de un discurso científico,
- que una formación teórico-ideológica es un conjunto global de conceptos articulados y un medio ideológico en el que tienen lugar las prácticas históricas teórico-ideológicas y científicas.
- que la constitución de toda ciencia supone un «corte», una «ruptura» con el discurso ideológico que encubría/ocultaba objetivamente un determinado sector de la realidad.
- que tal ruptura produce una doble discontinuidad histórica y epistemológica en sentido estricto, en cuanto que produce la emergencia de un nuevo sistema científico y en cuanto que construye el «objeto» correspondiente a ese sector abordado de la realidad.
- que el producto-objeto de la práctica científica ni se confunde con las formaciones perceptivo-ideológicas del «sentido común» ni es el mismo concreto real, sino la formación significativo objetiva de un «concreto de pensamiento» que desarrolla su propia legalidad en el interior del sistema estructural científico.
- que no se debe confundir la epistemología histórica que retraza las categorías de la estructura científica ni con el reconocimiento de los efectos productivo-reproductivos (eficacia «económica» e ideológica) a que da lugar tal estructura. Etc., etc.

II.16. Si ahora se atiende a lo que sea la Ideología, se debe reparar en los dos planos de su existencia: por una parte, la Ideología puede ser comprendida desde su relación con la ciencia y, en esa dimensión, ya se afirma que ni la práctica científica se da en estado puro ni la ideología se produce en una absoluta discontinuidad con respecto a la totalidad de prácticas sociales que tienen lugar en una coyuntura histórica concreta y en una formación social determinada. Por respecto a la ciencia, la ideología o es lo que obstaculiza la producción científica o es aquello de lo que las ciencias toman un material (desde los ámbitos que recubren a las problemáticas que plantean), pero un material que, para su validez cognoscitiva, ha de ser transformado, elaborado por el conjunto de procedimientos científicos. Pero, además, y por otra parte, la Ideología cumple una función social bien precisa, no sólo en la medida en que sus discursos forman sistemas de «representaciones, nociones, gestos, valores, etc.», sino también en la medida en que se constituyen como auténticas matrices productoras de comportamientos o de cadenas conductuales que se inscriben en la categoría general de «acción social». (ver aquí a Veron, sobre todo por lo que se refiere a la eficacia que posee la ideología como «motor» social). En esta segunda acepción,

la Ideología no funciona sólo como elemento de «cohesión social» (gran equívoco althusseriano que Herbert y Ranciére han criticado, aún a pesar de haber sido miembros de la escuela), sino como elemento de ordenación/regulación (ocultamiento/«distribución» estructural clasista de los individuos productores) que refuerza la división introducida por la dominancia del MP en la dialéctica de las clases. La Ideología es un elemento central de la estructura social, en la medida en que tiende a asegurar la reproducción de las condiciones materiales de tal MP y ello no sólo por la distribución de los individuos en las clases sociales correspondientes, sino, además y mucho más eficazmente, por el sistema institucional (familia, escuela, cultura, inconsciencia de clase) que garantiza (hasta un cierto límite) la eficacia funcional que garantiza la adscripción material de los individuos a esa estructura de producción. Schaff profundizaba mucho más que Althusser (para quien la Ideología garantiza la cohesión social) en la cuestión al afirmar que, la ideología, por definición, «significaba la deformación de clase del conocimiento» (deformación, hay que precisar, «producida», impuesta), en la medida en que toda ideología socialmente impuesta corresponde a la de la clase dominante. El error consiste en pretender que la Ideología, sin más, se corresponde con «falsa conciencia», como lo contrario al conocimiento. Pero si la Ideología se refiere a su oposición con la ciencia designa algo muy distinto a si lo vinculamos a dominación/ocultación: en el primer caso, la ideología funciona como una formación teórica (mito, filosofía, religión, estereotipo social) que obstaculiza al conocimiento y que es necesario «superar» (a esto alude el concepto de «ruptura») para que la producción científica tenga lugar (= obstáculo epistemológico, material de base de la producción científica). Otra cosa es la Ideología como factor que se inscribe en el marco de la lucha de clases y que se expresa como efecto general de ocultamiento, como falsa conciencia de clase, como forma general opresora/represora impuesta por la clase dominante a través del conjunto de instituciones socio-estatales que aseguran su dominación. Si el término no fuera suficientemente confuso, se podría aludir aquí a las manifestaciones de la «conciencia social», que va más allá del desviacionismo teorista y que incluye, incluso, las funciones más comunes de la «conciencia general empírica» (valoración perceptiva, esquemas referenciales, etc.). Así, la «conciencia social» no es simplemente el conjunto organizado de «ideas y creencias», sino además lo que refleja, deformadamente, las relaciones de las clases, de los hombres entre sí.

II.17. Esto nos lleva a las conclusiones de la materialidad productiva de las Ideologías, de su dependencia causal y funcional: los individuos viven en determinadas condiciones de existencia, entran en determinadas relaciones entre sí que, espontáneamente, carecen de una representación consciente adecuada. La ideología se expresa en la esfera de la psicología individual (no sólo como «representación», sino además como «matriz productora de comportamiento»); pero los mecanismos ideológicos no son psicológicos y esto es lo que plantea

tanto el problema de su «inconsciencia» como de su transmisión. En otro lugar he hablado de la oposición de las ideologías. su materialidad productiva y revolucionaria, su sentido para la lucha de clases, su traducción subjetiva, etc. Lo que aquí interesaba era destacar:

1. el carácter formador de la ideología en la traducción «subjetiva» que posibilitan las instituciones socioculturales.
2. el carácter productivo de tal ideología materializada como subjetividad (su inconsciencia y su eficacia).
3. distinción de la ideología como formación teórica con la que rompe la práctica científica.
4. el sentido de «dependencia» que los correctores epistemológicos del m-h desprenden, para toda formación teórica (ideológica o científica) respecto a la matriz históricosocial de su formación.

II.18. Vemos, pues, el sentido de la doble intervención crítica a que nos obliga la pregunta por la posibilidad de la psicología: si atendemos a su realidad factual, a las distintas formaciones que hoy se reclaman de la psicología, a la multiplicidad de sus procedimientos y, consecuentemente, a la diversidad de sus objetos, no tenemos más remedio que confesar el carácter de discursos ideológicos que tales formaciones poseen, carácter ideológico que no se agota en el cumplimiento de una tarea simplemente substitutiva, sino que se extiende a las necesidades que subtiende el proyecto de dominación para la reproducción ampliada de las relaciones sociales de producción del MPC. Pero igualmente de incuestionable aparece el ámbito de lo subjetivo, que no es reductible mecánicamente, aunque sea, en su realidad, objetivamente dependiente. Una crítica negativa de las «psicologías» implica la colaboración de las dos instancias epistemológicas correctoras (MD y MH): la segunda porque se trata de penetrar en los esquemas referenciales (ideológico-productivos) de formación, desarrollo, función de tales sistemas teóricos; pero, además, porque es preciso desvelar lo que se oculta tras las técnicas de recuperación/integración psicológicas, con lo que el proyecto crítico se establece en la **contextualización** de tales prácticas, en el análisis del proyecto al que sirven. El primero, porque sigue siendo esencial la determinación de un proyecto racional que dé cuenta (describa y explique) la emergencia de la subjetividad, su sentido, su realidad. Y es en este punto donde aparece la posibilidad de los modelos psicológicos de la personalidad. Modelos que habrían de cumplir, cuando menos, las conclusiones que se desprenden del análisis anterior en los siguientes puntos:

- a. obtención de un objeto propio y específico, no reductible, aunque sí integrable. Que no haya objeto inicial de una ciencia, que este objeto sea producido en el proceso de obtención de las estructuras validadas del conocimiento, que sea, por lo tanto, el efecto de una práctica no

acumulativa (Fichant y Pecheux), supone la necesidad de concebir tal objeto como un producto de complejidad dialéctica que, en la medida en que integra nuevos elementos, transforma las estructuras ya conseguidas (oposición al reduccionismo, comprensión de la jerarquización de los niveles y de su totalización).

- b. determinación de un sistema de procedimientos específicos y determinados que posibiliten la producción conceptual-objetiva de tales estructuras.
- c. comprender que si las formas de la conciencia son el producto de la realidad y que esta realidad está definida como relación social totalizada, en la que la determinación, en última instancia, está dada por la dominación hegemónica de un MP. Para lo que nos interesa es necesario comprender que, si bien la esencia del hombre le es excéntrica, en la medida en que se realiza en el sistema de relaciones sociales, las formas interiorizadas de estas relaciones constituyen el objeto propio de la psicología, aunque tales relaciones sean el objeto propio del MH.
- d. en breve, de lo que se trata es de comprender, como indica Lacan, que el problema que ninguna otra ciencia puede cubrir es la transición de lo biológico a lo humano, como paso de lo natural a lo simbólico y cultural (= las mediaciones que instalan a lo humano en su orden específico, orden del lenguaje y el pensamiento).

II.19. Yo, que no he ahorrado críticas al revisionismo teorista de Althusser, no puedo menos que enviar al trabajo que este autor realizó en la *Nouvelle Critique* (diciembre-enero 1964-65) con el título «El objeto del psicoanálisis»: allí encontramos una de las más lúcidas exposiciones que se han hecho del problema de la psicología, exposición que ayudará a situar los trabajos críticos de los otros autores que he mencionado (Harari, Sastre, Deleule...), así como el intento que vengo realizando en estas páginas para mostrar la complejidad y el lugar que, a mi juicio, debe darse al tema de la subjetividad. Respecto a la concepción de los modelos, función de éstos en el proyecto de la racionalidad, eficacia respecto a las necesidades de la psicología, variabilidad (modelos neurológicos, patológicos, factoriales, etc.) e integración, muy poco más se podría hacer por relación a los trabajos fundamentales de Granger, Mouloud, Bunge, Havermann, Badieu, Pichot, etc. En lo fundamental, las críticas que se pueden hacer ya se han realizado en este apartado. Una crítica de base a sus teorías (la conductista, reflexológica, psicoanalítica, gualtista...), es efecto de otro tipo de trabajo. Así, para este lugar sólo interesa remarcar que la teoría de los modelos se sitúan en el espacio de los proyectos productores de conocimiento, como formalización/operatividad de las teorías que describen y objetivan la realidad. El modelo no se resuelve en la simplificación de la oposición dato/constructos

(reducción mecánica del empirismo, falsa problemática del convencionalismo, cuya expresión crítica lo podemos encontrar, por ejemplo, en Dan, dentro del colectivo «Marxismo y epistemología»), puesto que, en definitiva, se trata de los procesos mediante los cuales el pensamiento científico se da a sí mismo el marco de su racionalidad (Mouloud). Otra cosa es la congruencia o no de los modelos como subsistemas e, incluso, la posibilidad misma, de su integración. Son estos problemas que todavía se debaten y cuya conclusión debe estar supeditada a la resolución del problema epistemológico de base.

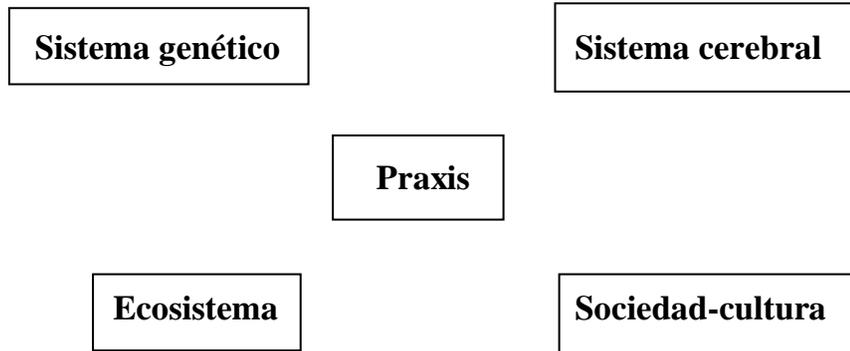
Antropogénesis y Personalidad

III

III.0. Después de todo lo anterior no extrañará, en absoluto, que, acorde con la multiplicidad ideológica de las psicologías, se produzca paralelamente una enorme profusión de teorías de la personalidad, tantas cuantas precisan los distintos sistemas de base, como son el análisis de los rasgos en una psicología general, las necesidades de los distintos procedimientos de psicodiagnóstico, de psicoterapia, etc. Cualquier manual que abramos nos abrumará con la exposición de tales sistemas (desde el conductismo a la estructura factorial, desde las tipologías biopsicológicas a las somatopsicológicas, desde los tipos constitucionales a las estructuras dinámicas...): desde Spearman, pasando por Thurstone a Cattell o Eysenck, desde Heymans a Jung, Kretschmer, Sheldon, etc., etc. Un libro como el de Nuttin puede resultar, bajo este aspecto, tremendamente revelador. Pero ya nos limitemos a criticar a este conjunto de autores (como hace Sève), ya simplemente nos centremos en la exposición de algunos rasgos de tipo general, rasgos que no pueden construir el modelo que pretendemos, lo que se hace ya imprescindible es situar el conjunto del problema en relación a su conexión con la pedagogía. No es necesario insistir en que el modelo de personalidad que se adopte está en estrecha relación con el tipo de psicología general que nos sirva de base y con los procesos de la utilización diagnóstica o terapéutica a que tal modelo sirva. Como tampoco es necesario indicar que la consideración de tal modelo, más la Ideología que define el conjunto de las relaciones de clases y el servicio a los intereses de la clase dominante, determinan un tipo de escuela y la determinan no sólo en función de la ideología que trasmite tal institución, sino además en relación al sistema de reproducción de la fuerza de trabajo, cualificación técnica de esta fuerza de trabajo, necesidades de reproducción del carácter de las r.s.p. y, en definitiva, como materialización de tales intereses en la conjunción de los valores y conductas adecuadas a tal función.

III.1. Morin, con conclusiones inaceptables desde el punto de vista de la ideología que segregan, partía en su intento de trazar el proceso evolutivo de la antropogénesis de un esquema muy simple que, progresivamente, iba complejizando y que concluía en dos modelos gráficos de estrecha dependencia.

MODELO I



MODELO II

En el que Morin establece las conexiones de feedback que culminan en un sistema integrado, capaz de autorreproducirse a partir de sí mismo (= sistema sociocultural), y del que los elementos fundamentales serían las oposiciones complementarias:

Cerebro de gran tamaño / bipedismo

Cerebralización / especialización de la mano

paleocultura / prolongación de la infancia

paleolenguaje / sedentarización y nucleización madre-hijo

juegos /

curiosidad / organización social compleja y diferenciada

economía, etc.

III.2. Es decir, se trataría de reconstruir, a partir de los hallazgos anatómicos, craneanos, tecnológicos y cinéticos, los índices de organización social que llevan, desde la evolución corporal, a la consecución del proceso de sociogénesis humana, como proceso que se desarrolla en una secuencia compleja de hominización/humanización. Su tesis parte de la hipótesis de la necesidad, para los primates, de abandonar el bosque y pasar a la sabana, con las implicaciones que de tal paso se derivan para la alimentación, centralización/descentralización del grupo, jerarquización y especialización de los individuos, que conduce a una separación económica, cultural y social de los sexos, con su incidencia en la

nucleización madre-hijo, ampliación del período de infancia (= juvenilización de la especie), etc. Esta separación constituye, al permanentizarse, el foco de origen de dos «culturas» que se distinguen, pero que se complementan, con dos tipos de especialización, con la jerarquización inmediata no sólo de un sexo sobre el otro, sino de unos miembros de un mismo sexo, poniéndose así las bases de una diferenciación social que culminará en las clases y las castas. Clases, además, que se estructuran más fuertemente desde el momento en que, a las diferencias individuales, se agregan las especializaciones debidas a la cooperación en la caza, con lo que comienza a desprenderse tanto un conjunto de reglas de solidaridad como un sistema de leyes de distribución, que desarrollan su desigualdad en la medida en que los adolescentes y los ancianos van incorporándose o separándose de la o a la tarea productiva. La hominización nace, para Morin, en este proceso, no sólo con la diferenciación funcional de los sexos y las edades, con las leyes de la cooperación y del reparto, sino también con las posteriores leyes de exogamia, leyes de parentesco, que hacen de las mujeres un bien de intercambio. La complejidad de las tareas de la caza, la utilización de los instrumentos, la necesidad de amplios períodos de iniciación a las técnicas, no sólo prolongan la infancia, sino que, además, dan como resultado la agudización de las diferencias sociales, la dominación de unos individuos por otros, el inicio de los procesos de acumulación, etc., etc.

III.3. La juvenilización de la especie condiciona todo el curso de la hominización: el tiempo biológico se acrecienta; pero, en igual medida, el tiempo psicológico de la infancia se acrecienta, los lazos afectivos más profundos maduran, se amplían los períodos de iniciación, en la medida en que se complejiza la vida social y sus técnicas. El aprendizaje que culturaliza da, a la vez, la base para la mediación de los procesos de dominación y explotación. La paleosociedad se hace más jerárquica, la desigualdad se introduce, la economía se institucionaliza a medida que se van completando ambas técnicas de procuración de los alimentos (= caza y recolección); el llamado «comunismo primitivo» (= existencia colectiva de leyes de solidaridad/distribución) se va diluyendo, en la misma medida en que las técnicas, la diferenciación, los factores de acumulación pueden irse estableciendo. La economía deja de ser una organización simple de la supervivencia, para pasar a convertirse en el principal motor de la organización relacional ecológico-social, de tal manera que deja de ser actividad anárquica, para convertirse en fuerza de organización sociocultural, con todo lo que ello implica para la desnaturalización del medio.

III.4. El lenguaje, finalmente, se situará como el gran diferenciador, aquél que establece diferencias radicales entre la semiótica de los primates (gestual y postural) y el lenguaje articulado, abstracto, combinatorio humano. La dificultad estriba en este punto: si no se es consciente de las diferencias esenciales que separan un lenguaje de otro, si no se comprende que la subjetividad, precisamente, se inscribe con la aparición del lenguaje, que la cerebralización

está determinada por un sistema de maduración biológico-funcional que exige su inclusión en una matriz histórico-social, si no se comprende éste, repito, no se puede llegar jamás a comprender qué procesos determinan la dinámica cerebralización/humanización. Y, a pesar de toda su erudición, Morin no resuelve el problema.

III.5. Leroi-Gourham establece un método distinto de acercamiento: no se trata, nos dice, de establecer una hipotética filiación, en orden a la búsqueda de la reconstrucción de procesos evolutivos perdidos en el tiempo. Se trata de buscar desde la misma tectónica corporal y en los estudios comparatistas, desde las huellas dejadas en la protohistoria, el conjunto de rasgos pertinentes que den cuenta de la especificidad humana. **Cerebro, palabra, mano**, son las tres realidades que, en los interjuegos de sus relaciones y por la vía de la «liberación», llevan desde las formas inferiores y más simples a las más complejas, desde el «acto al pensamiento» (Wallon). En este juego de progresivas «liberaciones» no se pretende el sentido filosófico de la evolución, sino establecer cuáles son los hechos que conducen a la consciencia, entendida ésta como conquista del espacio y el tiempo, las dos conquistas definitorias de lo humano. Liberaciones sucesivas que, desde la era Primaria a la era Cuaternaria, marca la aceleración hacia el hombre, en los distintos planos de:

- liberación de la cabeza con respecto al suelo
- de la mano con respecto a la locomoción
- del cerebro con respecto a la máscara facial.

Desarrollo de equilibración que se establece desde un triple punto de vista:

- a) nutrición
- b) locomoción
- c) relación.

Fijémonos que lo que hace Leroi-Gourham es invertir el procedimiento usual: deja de buscar la inteligencia como dato dado, para centrarse en la **movilidad** y, desde ahí, alcanzar la inteligencia como un producto que se desprende de estructuras dinámicas. La razón que se esconde en el procedimiento se comprende tan pronto como advertimos que, la nutrición, no implica sólo el desplazamiento, la búsqueda, sino también el conjunto de sistemas de la detección y la captura. Así, el plan general de las formas vivas las organiza a éstas en torno a **la polarización anterior** del orificio alimentario y de los órganos de prensión. Además, la movilidad exige igualmente la polarización anterior de los órganos de relación (orientación, reconocimiento, coordinación funcional, etc.).

III.6. Todo el mundo animal está repartido en un número relativamente limitado de tipos funcionales, de tal manera que se establece una equilibración dinámica

entre inmovilidad-movimiento, entre simetría radial y simetría bilateral y los resultados que atestiguan la biología muestra la eficacia de dichos tipos. Leroi-Gorurham indica cómo los dos ejemplos máximos de ambas clases de tipos (la medusa y el hombre) marcan dos extremos superiores de adaptación, con un único tipo de organización. En todo caso, lo que la biología muestra es la transformación de las especies mediante la combinación de la gama de factores genéticos aliada a la dinámica de la selección natural; hay además, un efecto de tipo mecánico en su mecanismo, que lleva al efecto acumulativo de las adaptaciones al medio hacia transformaciones cada vez más efectivas del sistema nervioso, transformaciones regidas todas ellas por las leyes de la adaptación funcional, de las que el principal beneficiario es el cerebro, con sus efectos acumulados, tanto en el comportamiento como en el ecosistema.

III.7. El sentido, pues, que adquiere una paleontología funcional se instala tanto en la posibilidad de conectar los grupos vivos entre sí como en establecer una clasificación que permite ir asistiendo a la emergencia de superiores niveles de organización, con todo lo que ello implica para la comprensión comprobable de dinámicas cuya efectividad hoy sólo es posible constatar a nivel de confluencias o divergencias funcionales. En esta línea, los principales elementos funcionales pueden caracterizarse en cinco amplios grupos:

1. **sujeciones locomotoras**, como organización mecánica de la columna vertebral y de los miembros: se trata de hecho de una modificación estrechamente ligada al resto, puesto que la disposición de los órganos de desplazamiento son el instrumento fundamental de la vida de relación.
2. **suspensión craneana**, como el elemento clave de la disposición funcional, por su importancia para la situación del agujero occipital y, por lo tanto, para la expansión cerebral.
3. **la dentadura**, cuya importancia está de más consignar en la vida de relación, tanto en lo que se refiere a las funciones de prensión y preparación del alimento como en lo que se refiere a la defensa.
4. **la mano**, es la transformación ya total que hace que la vida de relación entre directamente en el hueco de la técnica y, por lo tanto, de la historia.
5. **el cerebro**, no sólo como coordinador principal, sino como el efecto superior y concluyente de todo el dispositivo corporal. Esto es, el cerebro es el gran beneficiario de toda la estructura corporal, de tal manera que es preciso invertir toda la estrategia que hasta aquí buscaba en el cerebro el gran diferenciador, sin comprender su carácter funcional, que hace no que él el comando del proceso de evolución, sino exactamente su resultado.

Este conjunto de elementos funcionales, en sus variaciones y convergencias, es lo que posibilita la comprensión de la continuidad,/discontinuidad evolutiva, el hilo conductor que nos permite recorrer las grandes etapas de la biología y su conexión (ictiomorfismo, anfimorfismo, antropomorfismo). El cerebro resulta ser así, el resultado de una expansión craneana, sólo posible en la medida en que se producen las liberaciones que marcan la modificación de las estructuras corporales de sostén, la respiración aérea, la transformación de los miembros anteriores, la marcha y la relación. El cerebro, con la expansión que lo conocemos, es el resultado de toda una construcción corporal, en el que la mano, la aparición de la cara y la postura de la presión son sus grandes hitos. Como dice el autor que comento: «Sea cual sea la explicación filosófica que se quiera dar, fuera de la superestructura de las explicaciones, la infraestructura de los huesos se resuelve en un mismo sistema», es decir, la evolución hacia la inteligencia es el trayecto que impone el juego de unas formas vivas cada vez más adaptadas a los móviles de explotación de la materia.

III.8. Dos tramas coordinadas se coimplican en este «ascenso»: almacén corporal y sistema nervioso; no se puede privilegiar al uno sobre el otro, puesto que si el cerebro es el soporte del pensamiento, el cerebro, con todo el rigor de su complejidad organizativa superior, no puede ser separado de la base corporal que lo establece. Es innecesario y artificial separar cuerpo y cerebro, como lo es también en el terreno concreto de la personalidad. Hay una totalidad única que se expresa tanto en el terreno del perfeccionamiento de las estructuras corporales como en la transformación sobreacumulativa del cerebro. Y una no se separa de la otra. Dos tendencias (la del sistema nervioso y la de la adaptación mecánica) se articulan en lo que es la manifestación paradójica superior: esa inespecialización que es el principio de la libertad funcional.

III.9. Mano, rostro y lenguaje se determinan. Técnica y lenguaje se implican de tal manera que se puede afirmar con todo rigor que el equipo cerebral fundamental, para uno u otro proceso, es en lo básico el mismo. El símbolo y el instrumento están ligados neurológicamente y, a la vez, uno y otro son los equipamientos característicos de la estructura social de la humanidad (puede verse el trabajo de Bunak). Técnica y lenguaje tienen el mismo tipo estructural de funcionamiento: la técnica «es, a la vez, gesto y útil, organizados en cadenas por una verdadera sintaxis que da a las series operatorias tanto su fijeza como su flexibilidad. La sintaxis operatoria es propuesta por la memoria y nace entre el cerebro y el medio natural». (Leroi-Gourham y, además, puede consultarse la obra del vietnamita Thão). Estas cadenas operatorias se establecen en series sucesivas integradas que apelan no sólo al montaje de gestos y a su integración conductual, sino también a la posesión de una verdadera gramática generativa que desarrolla los sistemas de la integración asociativa. Acción, comunicación y construcción significativa son procesos que se «envuelven».

III.10. Al situar, desde el punto de vista en que nos encontramos, lenguaje y

técnica en un mismo plano, lo que pretendo es mentar (explicar el proceso en su totalidad, exigiría una obra de complejidad infinitamente superior), la relación no independiente de los factores de cerebralización y socialización, los procesos que se funden en el único de la hominización/ humanización. «El equilibrio inicial entre los dos polos del campo de relación liga la evolución del hombre a la de todos los animales que compartan sus operaciones entre el juego de la cara y el de los miembros anteriores; pero una también, implícitamente, la existencia del lenguaje y la de las técnicas manuales. La evolución cerebral, tal como se puede reconstruir razonablemente, permite dar cuenta, para las técnicas nuevas, del vínculo existente entre la posición vertical, la liberación de la mano y el despliegue de áreas cerebrales que son la condición del ejercicio de las posibilidades físicas para el desarrollo de una actividad humana» (Leroi Gourham). Simbolismo fónico y gesto técnico se acompañan, como hoy mismo puede advertirse en la continuidad de la correspondencia entre expresión del pensamiento, mano y voz. Y esto mismo puede advertirse en la observación del desarrollo del grafismo, la capacidad de abstracción, etc. No hay, pues, separación constatable entre el hombre físico, su humanidad y su envoltura social. La plasticidad de este comportamiento «humano», la conexión entre los programas operatorios y su condicionamiento respecto del medio ambiente, traducen el carácter de una inteligencia reflexionada, imaginante. Es así que la inteligencia «instintiva» o genética es superada por una verdadera memoria colectiva, memoria étnica, social que trasciende todas las limitaciones de los programas hereditarios. En esta inespecificidad genética es donde adquiere sentido la dialéctica de las necesidades, como fundante de esa historicidad de que he venido hablando hasta aquí. Necesidades que amplían hasta desbordarle el marco de los programas cerebrales, hasta establecer las condiciones de su liberación intelectual y afectiva. Creo que son estos elementos los que nos sitúan en la comprensión de lo que haya de entenderse por matrices operatorias, de trascendencia del instinto mítico.

III.11. No se puede comprender esta humanización sin que la inscribamos en el marco de los diversos procedimientos que se designan como «memoria»: así, puede hablarse de un nivel de base, donde las matrices operatorias responden a la imagen de los programas o comportamientos automáticos, de regulación neurovegetativa, de regulación de las pulsiones fisiológicas o de estimulación. Cadenas de comportamientos que se van complicando y se hacen más profundos, hasta que llega la ocasión de su desencadenamiento, que, sin embargo, tampoco se produce sin discriminaciones. Los mismos trayectos nerviosos inferiores del hombre se enriquecen en elementos de conexión, de tal manera que se producen los fenómenos de la generalización, diferenciación, etc. La memoria se materializa así en la disposición a sistemas de actos, en los que la regulación o el equilibrio va estableciendo las cualificaciones que lo adecuan a la naturaleza del medio y de la formación del propio yo (niveles somático-corporales, conceptivo-

significantes, ideativos, etc.).

III.12. Nada se comprendería, sin embargo, de esta memoria si la reducimos a su expresión elemental «instintiva», es decir, si captamos la infraestructura del comportamiento, pero no somos capaces de asistir al afloramiento de la inteligencia, como estructura operatoria general vinculada al lenguaje. La motricidad voluntaria se corresponde en sentido ya estricto con la aparición de la inteligencia, puesto que no se reduce todo simplemente al hecho de la existencia de unas cadenas operatorias, sino a la capacidad misma de optar entre ellas, de establecer nuevas conexiones, de responder de manera nueva y más eficaz a las situaciones. Si en los actos más mecánicos, la consciencia no traspasa un estado crepuscular, en las opciones operatorias, en las que el lenguaje interviene, la consciencia ya debe ser lúcida, en la medida misma en que la opción no es entre actos, sino entre símbolos, entre representaciones de actos (el lenguaje representa, pues, y a pesar de que posea él también una inmensa carga afectiva, una cierta liberación respecto de lo vivido). Esto es lo que lleva a distinguir entre los tres planos de construcción personal:

1. nivel específico, donde la inteligencia está ligada al nivel de evolución y maduración del sistema nervioso y a la determinación somático-genética de las «aptitudes».
2. nivel sociotécnico, en el que la memoria operacional está dominada por el lenguaje y en gran parte determinada por la educación, a través de la cual los individuos reciben la totalidad de su comportamiento operativo no reflejo y se conexionan con un medio colectivo de propiedades históricamente cambiantes.
3. nivel individual, donde la libertad se establece en la posibilidad de optar, activa, intelectualmente, entre los vínculos que proporciona la anticipación simbólica de las cadenas conductuales.

Es en el plano de los dos últimos niveles donde la construcción personal tiene lugar.

III.13. Se hace ya necesario pasar a orden concreto de la personalidad, atendiendo a la dinámica total del desarrollo ontogénico del niño, es decir, a partir del momento mismo de su nacimiento. Por supuesto, aquí nos ocuparemos sólo de establecer algunos rasgos de tipo general y en la medida en que nos sirvan de introducción a los conceptos que desarrollaremos en el ciclo mis compañeros Rafael Burgaleta, Angel Pérez y yo mismo. En primer lugar, establecer que a partir del primer año de vida del niño se constituye una estructura de base que es la que denominamos «nivel específico», expresada por sistemas reactivo/activos de tono afectivo, como son las estructuras sensomotrices que, en el nacimiento del niño, aparecen en forma potencial (esto es, el niño nace con el stock potencial de las estructuras cuya consolidación es el

efecto de la evolución y cuya manifestación precisará del período evolutivo ontogenético, en las condiciones adecuadas a su manifestación). Antes, pues, de la instalación del lenguaje (y, por lo tanto, del pensamiento, aunque Piaget opina de otra manera) se produce un largo proceso de maduración y consolidación sensomotriz. Por supuesto que hablar de «individuo» significa la referencia a un estado objetivo pre-personal, aunque no indiferenciado, puesto que el niño posee, al nacer, un mínimo nivel de unidad y organización internas. Siguiendo aquí a Nuttin, habría que precisar la expresión de «individualidad», como el conjunto de las características o diferencias interindividuales más o menos estables y que constituyen al sujeto en su identidad consigo mismo. Por otra parte, en el nacimiento el niño es un específico organismo dotado de potencialidades, pero en un estado psicológico primario, de indiferenciación casi total o, al menos, de diferenciación muy rudimentaria (Spitz).

III.14. La vida psíquica se inicia con lo que el cuerpo, como mediación, puede aportarle al niño de datos (estímulos) del mundo y de sí mismo. Pero aquí hay que distinguir dos aspectos en el funcionamiento del individuo: al hablar de organismo estamos señalando un conjunto o sistema integrado de funciones biológicas y fisiológicas que designan la base anatómica del individuo (aspecto «físico»); otra dimensión, es el conjunto de las funciones comportamentales de reflexión psicológica, aún en este estado rudimentario de diferenciación de que acabo de hablar. Esta distinción es válida, puesto que no se debe confundir la estructura individualizada que expresamos con los términos «constitución» y «personalidad» y que hemos señalado con la integración de los tres niveles de que he hablado más arriba (en todo caso, cabría establecer la distinción más precisa del primer nivel como «genotipo», para hacer alusión al sistema potencial hereditario, que Piaget designa como fase general de la inteligencia sensomotora, que evoluciona en un proceso continuo de asimilación/acomodación y que yo he caracterizado como de «nivel operatorio de base». Una última aclaración: no confundo genotipo con inteligencia sensomotora, pero los asimilo en cierta manera en la medida en que concibo a la segunda como la actualización del primero, lo que de sobra sé que no es demasiado ortodoxo). En cuanto a «personalidad» debe (debiera, acaso), designar una construcción científica que objetiviza un sistema funcional, psicosocial, que da cuenta de la identidad actuante del sistema de conductas en que consiste un ser humano. «Personalidad» alude a la manera de funcionar y consistir de un individuo o sujeto en la totalidad de los procesos práctico/productivos que constituyen su conducta (por tanto, personalidad debe integrar todas las dimensiones actuantes del sujeto, en la totalización de los respectivos modelos, además de establecer la «biografía» como el sistema de los procesos de su constitución como tal).

III.15. Piaget, al estudiar los procesos evolutivos, pone todo su interés en la dimensión «intelectual» de lo motor; Wallon, en cierta concordancia con el anterior, en cuanto que también investiga la relación entre acto y pensamiento,

señala la existencia forzosa de patrones prefijados de maduración, como expresión del patrimonio genético. Piaget, sin embargo, posee una concepción amplia de lo intelectual, en la medida en que considera como tal a toda estructura adaptativa, independientemente del aspecto anticipatorio, que él sitúa al final de la sexta etapa del desarrollo infantil. Este desarrollo se efectúa en el encadenamiento de esquemas, anticipadores de la acción y aunque mantiene una posición un tanto ambigua al respecto, puede afirmarse que para él las raíces del pensamiento están siempre más acá del lenguaje. «El lenguaje, nos dirá, es una condición necesaria del pensamiento, pero no suficiente», de tal manera que las operaciones lógicas tienen sus raíces en la acción y «en mecanismos sensomotrices más profundos que el hecho lingüístico». «Entre el lenguaje y el pensamiento existe un círculo genético tal que uno de los términos se apoya necesariamente sobre el otro, en una formación solidaria». Finalmente, incluso llega a afirmar el primado de la inteligencia sobre el lenguaje, «puesto que lenguaje y pensamiento dependen, en fin de cuentas, de la inteligencia misma, que es anterior al lenguaje e independiente de él». La relación personal depende, en su misma raíz, de las relaciones entre razón (= inteligencia) y organización biológica, y ello como el elemento fundamental que asegura el desarrollo. Pero si se pretende una función intelectual primera, en el sentido más estricto, que no se convierte con la «inteligencia práctica», entonces habrá que buscarla en la «función simbólica» que se establece en el niño de 2-3 años, como inicio de la representación (= comienzo de la «esquemización representativa», como inserción de los objetos y acontecimientos en una matriz de tipo representacional o «imaginante»). De ahí que la sensomotricidad se apoye sobre hábitos y asociaciones adquiridos y vueltos a combinar, resolviéndose en nuevas experiencias y en más complejas integraciones. El toque, sin embargo, sigue consistiendo en que al no conceder al lenguaje más que la característica de ser una especificación de la acción general simbólica, se queda sin substratum la raíz histórica de la personalidad.

III.16. Para Piaget, el lenguaje es un procedimiento simbólico más que se sitúa en nivel de paridad con el juego, la imitación digerida o la imagen mental y ello hasta el punto de que hay siempre una precedencia del símbolo individual sobre el símbolo colectivo. Al no ser el lenguaje sino una forma particular de la función simbólica y ésta un desarrollo de complejización de la acción, no se puede llegar a comprender cómo se efectúa el paso de lo representacional propio de la «inteligencia de las situaciones» (= inteligencia común al hombre y al animal) a la inteligencia reflexiva, combinatoria, coordinadora, abstracta, constructora de significación propia del hombre. Vigotsky, Wallon le han reprochado este pregormismo que, finalmente, llegaba a imposibilitar la consolidación del esquema complejo «personalidad», como instancia productora de carácter dialéctico e histórico. Piaget contesta que el desarrollo culmina en la eliminación del «contenido» de los esquemas activos, hasta convertirlos en esquemas abstrac-

tos de conceptualización, mientras que los contenidos se fijan a los significados abstractos por el intermedio del lenguaje. En el fondo de todo, está la concepción de que, en definitiva, lo que cuenta es la acción: inteligencia, pensamiento, lógica... derivan de la **operación** que no es otra cosa que la **actividad interiorizada**. El lenguaje no determina el desarrollo intelectual, porque es la naturaleza misma de las operaciones lo que las constituye en sistema o estructura de conjunto y, por tanto, lo que asegura la posibilidad misma de ese lenguaje. Y esto tanto en el plano de las operaciones concretas como en el de las operaciones formales, con lo que, finalmente, la inteligencia misma se convierte en una construcción de relaciones. Como dice Merani: «La organización intelectual, producto de relaciones que se engendran unas a otras y que forman una y la misma cosa con lo real, puesto que no se pueden concebir relaciones con precisión de términos para unir y tampoco a la inversa. Se destaca así que el pensamiento formal, la .inteligencia conceptual», según Piaget, es la reestructuración lógica de los esquemas sensomotrices que sirven de subestructura. Es una superestructura o sea que todos sus fenómenos contienen lo permanente, la substancia, como siendo el objeto en sí mismo y lo variable como una manera de ser del objeto, simple determinación de éste Con esto no hay diferencia cualitativa entre niño y adulto, no hay la dimensión anticipatoria y constructora que pertenece con toda propiedad al campo de la matemática, no hay una operatividad que se mantenga referida a un sistema histórico transindividual, no hay una verdadera génesis del sujeto. De esta manera, se cuela por la puerta falsa en lo que tanto criticaba al guesaltismo: el substancialismo. La gradación meramente cuantitativa y acumulativa que establece entre las reacciones más elementales y las elaboraciones más abstractas del pensamiento, lo resuelve todo, aunque Piaget no lo pretenda, en un biologismo que desconoce la esencia de lo que debería ser su objeto específico. Una cosa es afirmar la dependencia genética de las estructuras en las que consiste el lenguaje (los lenguajes, para ser más exactos): otra es negar el carácter modelador, configurador que el lenguaje posee respecto de la acción, la percepción y, por lo mismo, de la personalidad. Sobre todo, si se profundiza en el análisis funcional hasta alcanzar aquellas etapas en las que el lenguaje interviene como estructurador superior de la cognición y de los procesos conductuales. El lenguaje influye y modifica las estructuras endopsíquicas y esto es tan simple que se puede advertir en la misma pregnancia valorativa de los procesos perceptivos.

III.17. El nivel operatorio no se opone al hecho evolutivo, que posee sus propios campos de validación; pero un conocimiento por muy último que se presente de las estructuras biológicas es incapaz de dar cuenta de la actualidad que en los índices económicos, sociales, políticos, culturales se expresa tal operatividad. La evolución que presenta Piaget, como criticaba Wallon, no es, en rigor, sino simple crecimiento, desenvolvimiento de los elementos que ya estaban contenidos en el principio. Y esto simplemente es preformismo. El lenguaje no es

el simple vaciamiento de unas relaciones que se reducen a su ser formal, no es un hecho abstracto; es superestructural sólo en la medida en que expresa a una estructura situacional, concreta o abstracta, conflictiva o equilibrada. Lenguaje como medio de expresión, de relación; pero también como instancia constituyente. «El lenguaje es la conciencia materializada», decía Marx. Como psicolingüística, digo que el lenguaje no es simplemente la expresión del sujeto, es también la enfermedad del sujeto, lo que le denuncia o lo oculta, lo que le sitúa, en la materialidad del sistema de instancias productivas sociales e ideológicas. Neurosis e ideología o, si lo preferís, ideología realizada, tanto en la dimensión que sostiene la ocultación de los conflictos como en el estallido que desoculta la opresión y proclama la violencia necesaria de la liberación. La organización personal no se manifiesta en un conjunto de órganos y funciones, sino en las estructuras circunstanciales, en las conductas que ya son del orden, como decíamos anteriormente, de la conquista del espacio y del tiempo. Un sistema como el de Piaget desconoce la historicidad de las categorías del objeto, desconoce la eficacia fundante de la palabra (ver los hermosos trabajos de G. Granger sobre el tema).

III.18. No quiere decir, sin embargo, que la progresión conceptual se oponga a la progresión sensomotriz, que una pueda darse independientemente de la otra: se dice que una no se reduce a la otra, que no se confunden. No hay experiencia posible sin los canales que la aseguran y que son los planos de ese cuerpo que ha de convertirse en objeto, antes de que pueda devenir «sujeto». Así, Telma Reca ha podido establecer los rasgos generales de formación personal:

- a) desarrollo preponderante de las sensibilidades propioceptiva e interoceptiva, que hace al niño sensible a las tensiones de sus necesidades, al dolor procedente de sus órganos internos y a las variaciones posturales;
- b) madurez inicial mayor de la zona oral, en cuanto a motricidad y sensibilidad; respuesta a los cambios posturales; experiencia del cuerpo de la madre; integración en secuencias topológicas de la «imagen de la madre, con experiencia propioceptiva y eteroceptiva, a la vez; experiencia de tonalidad afectiva que «sintoniza» con el estado emocional de la madre;
- c) carácter no diferenciado de los procesos sensoperceptivos y su función en el establecimiento de relación;
- d) maduración sucesiva de zonas de «interrelación personal»;
- e) nivel variable del potencial energético del individuo, expresado en la intensidad de sus necesidades básicas;
- f) características evolutivas, generales a individuales, del sistema nervioso central y neurovegetativo, con sus funciones de organización,

control y regulación.

Contacto del niño con el medio y reacción ante esa experiencia, con huellas mediante las cuales comienza a construirse la personalidad; en esa reacción están comprometidos los órganos internos y aún la actividad visceral que el niño es incapaz todavía de desprender de la situación general en que se produce. Pero, además, el esencial componente afectivo de toda reacción, con sus efectos internos (neurohumorales con variaciones circulatorias, digestivas, de tono muscular, etc.) y los cambios expresivos externos. El surgimiento primitivo de las bases de la personalidad ya se produce en estos procesos, como salida de identidad, es decir, como proceso de diferenciación, en la medida en que el orden va instalándose y el niño va superando su primitiva indiscriminación respecto del medio. Diferenciación que se produce en la medida en que tal medio va proveyendo de esquemas de orientación, de patrones de conducta, de medios de identidad de los que el primitivo -y el fundamental- es el establecimiento de la imagen y del esquema corporal, sobre los que se irán posteriormente construyendo (en dinámicas en las que constantemente está presente ya la tonalidad afectiva ya los aspectos de valoración) la imagen de sí mismo.

III.19. Como Wallon ha establecido lo que más destaca en el niño son las discontinuidades de su proceso evolutivo: conflictos, crisis que provocan reestructuraciones del comportamiento en su totalidad, que contribuyen a destacar las grandes categorías de funciones (y esto sin que caigamos en una psicología de los rasgos), como son los procesos motrices, los cognitivos, los afectivos y los dinámicos. La psicología oficial llama a este componente «afectivo/dinámico» del comportamiento «carácter». Si nos interesamos por la totalización de estos elementos, por su «expresión, productivo significativa, conductivo/comunicativa advertimos inmediatamente esos «saltos» cualitativos que Wallon atribuía a la intervención de tres tipos de factores:

1. -un factor biológico de maduración nerviosa, que da nuevas posibilidades al niño;
2. -un factor social, presentado como las formas de nuevos estímulos, de nuevas situaciones;
3. -un factor igualmente social, pero que se traduce como «tonalidad» emotivo/valorativa.

Factores que, en su integración, son los que producen el carácter dialéctico del desarrollo. No basta la disposición de las estructuras de base; es necesaria la intervención de las estructuras del medio. Esto es lo que produce la desigual, la discontinua progresión del desarrollo; esto es lo que produce las reestructuraciones que hacen de cada edad una formación distinta, singular, específica. Y es a esta desigualdad dialéctica, a esta progresión discontinua, conflictiva, a la que debiera atender la labor de !a pedagogía, de la escuela.

III.20. El ser societario en que consiste el hombre, la dialéctica de su evolución fijan unas tareas específicas a la escuela. Tareas que debiera cumplir pero que, en absoluto, cumple. La escuela como aparato ideológico del estado, es decir, como instrumento de la lucha de clases, profundamente marcado por las condiciones materiales de la sociedad en la que tal lucha se manifiesta, con las formas que le son específicas. Escuela unitaria que, mientras por una parte establece la distribución material de los individuos en los dos polos de la sociedad, por otra, asegura la función política de impartición de la ideología de la clase dominante. Función única del aparato escolar. Pero éste será el tema de otra discusión.

El psicoanálisis realza las estructuras no conscientes que producen los comportamientos que van de la sumisión integrada a la frustración renovada, con sus correspondencias psicológicas derivadas. Esas estructuras no conscientes designan la eficacia de lo que produce lo psicológico, pero sin resolverse en ello; eficacia que denuncia la crítica del m-h y cuya superación no es función del orden de lo simbólico o de lo teórico, donde el revisionismo psicologista y teorista pretenden situarle. En definitiva, se trata de la eficacia de una formación social con dominancia del MPC. Con lo que si una psicología «corregida», limpia de su ganga ideológica, puede como máximo construir el objeto que expresa la especificidad de un sistema conductual, estructurado y estructurante, que se manifiesta como práctica productiva, lo que queda claro es que no pertenece a la competencia de tal teoría ni determinar el orden político-ideológico de lo productor ni superar la dependencia que tal orden impone. Una práctica superadora y/o transformadora sólo tiene posibilidades en el espacio a que emplaza la ocultación/dominación de las instancias dominantes: el plano político de esa misma lucha de clases.

Todo comportamiento tiene sentido (productivo) en la medida en que está engarzado a una estructura conductual (estructurada y estructurante), aunque ésta sólo es posible en función de su génesis social e histórica. Todo en esa conducta es dramática (se sepa o no, consciente o inconsciente). Todo en ella es relaciones sociales, necesidad, finalidad o alienación. Pero ella no es el espacio de la ideología, sino su efecto. La causa de la Ideología hay que buscarla en la dominación de clase y su eficacia en las instituciones que la vehiculan. Y de estas mediaciones contradictorias se engendra la personalidad. Un primer combate se libra a este nivel: el de las instituciones marco de la productividad.

La necesidad se instala también en el interior de ese proceso. Como producto histórico que es, que debe ser. De ahí mis afirmaciones: todo sistema de necesidades amplía la concepción restringida que se tiene de la personalidad como conjunto de relaciones sociales y la amplía porque supera el es, para pretender el deber ser. Comprender que todo sistema de relaciones sociales posee su propia lógica y su propia ética (= racionalidad más valoración), no ha de llevarnos a aceptarlas sin más: porque esa lógica y esa ética son las de la dominación, las de la ocultación que las velan como la lógica y la ética de los

intereses de clase, frente a las cuales no cabe sino oponer la crítica y la efectividad de una contralógica, de una contraética. Precisamente, la de la liberación.

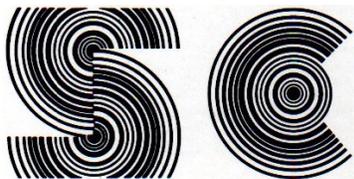
Esa lógica y esa ética organizan la producción, generan la operatividad de una falsa conciencia, montan su escuela, su familia, su terapia... su infinito archipiélago Gulag. Y frente a ello sólo cabe una nueva y opuesta reestructuración de la conciencia, una intervención al espacio que nos desafían. Pero eso es lo que hay que determinar. La superación no psicológica que se debe obtener de la crítica de la economía de la psicología.

Madrid, Diciembre 1976

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA (orientadora de algunos de los temas tratados en este folleto).

- T. ANDREANI: «Marxismo y Antropología», Anagrama.
- A. BADIOU: «Le concépt de modéle», Maspero.
- BAUDELLOT Y ESTABLET: «La escuela capitalista en Francia», Siglo XXI. CASTELLS e IPOLA: o. c., Ayuso.
- A. COLODRON: «La acción humana», Península.
- D. DELEULE: «La psicología, mito científico», Fundamentos.
- FICHANT y PECHEUX: «Sobre la historia de las ciencias», Siglo XXI. R. HARARI: «El objeto de la operación del psicólogo», N. Visión.
- H. LABORIT: «Introducción a una biología del comportamiento», Enlace.
- «Estructura y biología», Tiempo contemporáneo.
 - «L'Homme imaginant», 10/18.
- LAGACHE y otros: «Los modelos de la personalidad», Proteo.
- A. LEROI-GOURHAM: «El gesto y la palabra», Universidad Central de Venezuela.
- E. MORIN: «El paradigma perdido», Kairós.
- MERANI: «Problemas de la psicología», Grijalbo.
- «Las ideas pedagógicas de H. Wallon», Grijalbo.
- N. MOULOU: «Lenguaje y estructura», Tecnos.
- «Epistemología y marxismo», Ed. Martínez Roca.
- J. NUTTIN: «La structure de la personnalité», P.U.F.
- L. SEVE: «Marxismo y teoría de la personalidad», Amorrortu.
- C. L. SASTRE: «La psicología, red ideológica», Tiempo Contemporáneo.
- VARIOS: «Estructuralismo y epistemología», N. Visión. - Psicología, ideología y ciencia., Siglo XXI.
- «Contra Althusser», Madragora.
- H. WALLON: «Del acto al pensamiento», Psiqué.
- «Los orígenes del carácter en el niño», N. Visión.

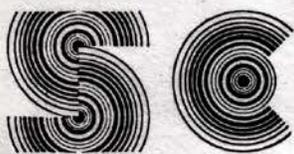
Del 13 al 18 de Diciembre, 1976



Depósito Legal: NA, 150-1976

**Sala de cultura de la Caja de Ahorros de Navarra
Mártires de la patria, 39
PAMPLONA
Gráficas Eguskiza- Pamplona**

Del 13 al 18 de Diciembre 1976



Sala de Cultura de la
Caja de Ahorros de Navarra
Mártires de la Patria, 39
PAMPLONA

Gráf. Egúzkiza-Pamplona-D.L.NA. 150-1976